

SEPÚLVEDA

Sepúlveda, a unos 65 km al norte de la capital, está asentada en una amplia muela caliza tallada en sus tres cuartas partes por las espectaculares hoces del Duratón y del Caslilla, cuyas riberas bañan sus murallas, existiendo en la parte restante un collado que separa los valles de los dos ríos. La particular orografía de la villa y de sus alrededores ha sido determinante en algunos momentos cruciales de su historia, y así los abrigos rocosos que los cañones proporcionan fueron el lugar elegido por los hombres prehistóricos para asentarse, como dan fe los numerosos hallazgos arqueológicos de la región.

El pasado romano no ha sido generoso con lo que es estrictamente la villa: fragmentos de una calzada, un puente, algunas inscripciones, restos dispersos y lienzos de la muralla son los vestigios más evidentes. Sin embargo, en el cerro de Los Mercados, en la cercana Duratón, sí se ha constatado arqueológicamente la presencia de una *villa* romana que, sin duda, hubo de tener alguna relación con la amurallada Sepúlveda, que quizás sirviera de refugio a sus moradores. Similares problemas plantea la época visigoda: el entorno es rico en testimonios, pero no para la villa en sí.

Es en la *Crónica de Alfonso III* cuando aparece por primera vez mencionada con el nombre de *Septempública*, al historiarse las campañas devastadoras de Alfonso I por el norte musulmán.

Panorámica de Sepúlveda



El topónimo es inequívocamente latino, pero su explicación ha dado lugar a diversas interpretaciones, desde la tradición oral que lo asocia a las siete puertas de la ciudad, pasando por la referencia al supuesto número de veces que fue conquistada, o por una tardía latinización de un antiguo nombre. En cualquier caso, la *Crónica*, lo que atestigua es cómo el monarca asturiano entró en la ciudad fortificada matando a los pobladores musulmanes y llevándose a los cristianos a lugares más seguros (*Xpianos autem secum ad patriam ducens*), es decir, dejándola, para algunos autores, desierta y despoblada.

No encontramos ninguna referencia escrita a la urbe hasta que en los *Anales castellanos* y en los *Anales Toledanos I*, entre otras fuentes, se nos refiere cómo el conde Fernán González pobló la villa (*In era DCCCCLXXVIII populavit Fredenando Gundesalbiz civitatem que dicitur Septepublica cum Dei auxilio et iussionem principem Ranemirus Deo gratias*). La fecha parece situarse en el año 940 ó 941, esto es, tras la batalla de Simancas y, siguiendo a Linage Conde, no debió de ser por medio de una cruenta batalla, puesto que a nadie tuvo que arrebatársela al hallarse práctica o totalmente deshabitada. Sin embargo, resulta mucho más atractiva la leyenda, plagada de tópicos literarios, que Colmenares recogió en su *Historia de Segovia*, en la que se demuestra la valentía y rectitud de los caballeros cristianos frente a la cobardía y maldad de los moros, y en la que no falta, ni siquiera, un combate cuerpo a cuerpo entre el conde castellano y el capitán Abubad. Lo cierto es que desde esta fecha Sepúlveda se incorpora para siempre a la España cristiana, excepto el breve interludio que supuso su conquista en el año 984 por Almanzor ("Prisieron Moros a Sepulvega Era MXXIV", dicen los *Anales Toledanos I*). Hacia el año 1010 la recuperaría el conde Sancho García aprovechando la guerra civil en Córdoba, y se iniciaría un proceso repoblador que tendría en Alfonso VI a su definitivo artífice al otorgarla Fuero el 17 de noviembre de 1076.

Si Sepúlveda contaba ya con algunos habitantes antes de esta fecha o no, es algo que entra dentro de la vieja polémica de la despoblación de la Extremadura castellana. Una donación del mismo monarca, anterior en tres meses a la concesión del Fuero, por el que el lugar de San Frutos pasaba al monasterio de Silos, es para algunos la prueba de la permanencia de algunos individuos de origen mozárabe, mientras que otros estudiosos convergen en afirmar la desolación de estas tierras.

El Fuero breve o latino, es un documento excepcional, cuyo diploma original no ha llegado hasta nosotros, conservándose en una confirmación de doña Urraca y su esposo Alfonso I de Aragón en dos copias de la segunda mitad del siglo XII. Como no podía ser de otra manera los estudios que ha generado este primer Fuero, como el posterior romanceado, son múltiples y variados, y abordan su análisis desde las perspectivas más diversas, por lo que en estas líneas sólo se pretende una breve descripción de su contenido. En él –seguimos la reciente traducción de Linage Conde– se le confirma a la villa "su Fuero, el que tuvo en el tiempo pretérito de mi abuelo y en la época de los condes Fernán González, García Fernández y don Sancho". Los treinta y cinco preceptos que contiene dan fe de las dificultades para atraer y fijar la población en una zona de frontera llena de peligros e incertidumbres. Así se explican los privilegios penales de los que gozaban los individuos que quisieran establecerse en la villa, como el que señalaba que si "algún hombre de Sepúlveda matare a un hombre de alguna parte de Castilla y huyere hasta el Duero, ningún hombre le persiga más", precepto que desaparecerá en el posterior Fuero romanceado, cuando las circunstancias excepcionales que motivaron su inclusión hayan desaparecido. Igualmente permisivo es en cuanto a los hombres que raptasen mujeres, ya fueran casadas o doncellas, y se estableciesen en la urbe, en un claro intento de radicar no ya hombres sino familias que asegurasen la repoblación continuada. Paralelos a estos privilegios son los fiscales y militares, como no pagar portazgo en ningún mercado o no tener "fondadera sino por su voluntad". E igualmente atractivas debían aparecer ante los ojos de hombres que estaban dispuestos a correr un importante riesgo por empezar una nueva vida, las libertades frente a los señores y los privilegios que equiparaban en algunos casos social y jurídicamente a todos los pobladores, fueran nobles o no.

La política repobladora dio sus frutos, pues para el año 1295 Sepúlveda contaba con quince parroquias, algunas de las cuales habían comenzado a erigirse poco después de la concesión del Fuero breve. Para 1305, año en que está fechado el Fuero Extenso, la realidad de la población había cambiado sustancialmente, tal y como podemos aprehender de la lectura del texto. Han desaparecido los preceptos que permitían encontrar asilo a delincuentes en la villa porque la frontera se ha estabilizado y la ciudad ya puede permitirse una "elección" de sus futuros vecinos. También se ha hecho necesario regularizar la convivencia entre judíos, moros y cristianos, no habiendo ninguna mención a las tres religiones en el Fuero latino, pero hacia 1290, según el padrón de Huete, ya había instaladas unas cincuenta familias de judíos, y algunos de los títulos del Fuero extenso versan sobre el trato penal que se les va a aplicar, o sobre el orden que han de guardar en los baños públicos judíos y cristianos.

No faltan tampoco los artículos referentes al modo de construir las casas, sin límite de altura y con cubiertas de teja, o a las precauciones que había que tener cuando una amenazase ruina. La riqueza ganadera, la incipiente industria manufacturera de sus pobladores y su tráfico comercial saltan a la vista igualmente en la lectura detenida del Fuero. Y por supuesto, se explicitan aún más algunos puntos que definen la organización concejil de la villa y la condición social y jurídica privilegiada de sus pobladores, que hacían de la urbe un lugar aparentemente idílico, "una pequeña república, cuya libertad quedaba moderada solamente por la suprema autoridad del rey", en palabras del Marqués de Lozoya.

La defensa de sus Fueros y de su condición de villa de realengo será una constante durante la tumultuosa época de los Trastámara, y Sepúlveda luchará denodadamente para no tener

Aspecto del casco de Sepúlveda desde el campanario de San Bartolomé, destacando las torres de El Salvador, San Justo, Santiago y San Esteban



un señor que no fuera el monarca, como lo manifiestan los capítulos que los Reyes Católicos firmaron en Simancas por los que se comprometían, entre otras cosas, a que jamás sería enajenada de la corona real. Del “concejo abierto” y de esa “idílica” presunta igualdad social de sus pobladores, se irá pasando en la Baja Edad Media a una oligarquización del municipio y a una polarización de la sociedad, panorama del que ya no habría regreso en la Edad Moderna, y que se plasmará arquitectónicamente en la construcción de bellos palacios que demostraban el poder de los señores que en ellos habitaban. Corrían ya tiempos más de mayorazgos que de independencias concejiles.

Además de cabeza de una de las Comunidades de Villa y Tierra más importantes de la Extremadura castellana, en lo eclesiástico, dejando aparte la creemos improbable *de facto* erección de Sepúlveda como diócesis en 1107 por Alfonso VI, siendo donada al arzobispo Bernardo de Toledo —que más parece *lapsus* o intención frustrada que dato, pues no consta obispo alguno—, como referimos, la villa contaba en el siglo trece con quince iglesias, número sin duda exagerado a tenor de la extensión del caserío, aunque reflejo de la bonanza económica y demográfica. Intramuros se encontraban las de El Salvador, Santa María de la Peña, Santiago, San Millán, Santos Justo y Pastor, San Pedro, San Juan, San Andrés, Santa Eulalia, San Esteban, San Sebastián y San Martín, y extramuros las de Santo Domingo, San Gil y San Bartolomé.

En el testamento de don Hugo, arcipreste sepulvedano y canónigo de la catedral de Segovia, de hacia 1120, se citan ya, entre los clérigos que actúan como testigos, los de las iglesias de *Sancti Salvatoris, Sancti Iohannis, Sancte Marie, Sancti Iacobi* y *Sancto Iusto*. En el plan de distribución de rentas del cabildo segoviano, acordado por éste con el obispo y luego sancionado por el cardenal Gil de Torres, todo ello en 1247, se hace mención a la mayoría de ellas, estando los réditos de *Sant Millan, Sancti Iague* y *Sancta Maria* asignados a la mesa episcopal, y al resto de usos canonicos los de *Sant Estevan, Sant Andres, Sant Iuste, Sant Pedro, Sant Savastian, Sant Bartholome, Sant Gil, Sant Martin, Sancto Domingo, Sant Salvador* y *Sant Iuannes*. Como vemos, sólo la de Santa Eulalia es omitida.

A mediados del siglo xv, una visita pastoral publicada por Bonifacio Bartolomé nos detalla el número y estado de algunas de las iglesias, concretamente las de Santiago, San Esteban —con problemas de cubiertas—, San Justo, El Salvador, San Sebastián, San Millán, Santa María, San Pedro (sólo con dos parroquianos), Santo Domingo y San Gil (sin feligreses y en ruinas, “va se toda a caer lo de çima e la una pared que se escome toda que mala bes se puede rreparar e la capilla que está a los pies della esso mismo se va a caer”). El *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo xvi* refiere la existencia en 1587 de 14 pilas y 399 vecinos en la villa, y Quadrado señala que aún conservaba ésta doce de sus parroquias a mediados del siglo xvii. Ya en el xix, Pascual Madoz refiere que las parroquias habían quedado reducidas a las de Santa María de la Peña y Santiago, quedando agregadas a la primera “las estinguidas de Sto. Domingo y San Millán, y está declarada como su filial, la de San Bartolomé, con su agregada de San Gil”. Fueron anejadas a Santiago “las de San Esteban, San Andrés y San Juan, quedando suprimidas las del Salvador y San Justo, con sus agregadas de San Martín, Sta. Eulalia, San Pedro y San Sebastián”. Hace referencia también en su *Diccionario...* a la ermita de San Marcos en el arrabal de Santa Cruz, así como que “el cementerio se encuentra en la estinguida parr. de San Pedro, 500 pasos al N. de la v.”. Hoy día, sólo la de San Bartolomé mantiene las funciones parroquiales.

Texto: TPP - Fotos: JMRM

Bibliografía

ALVARADO PLANAS, J. (coord.), 2005; ANTÓN MARTÍN, J. M^a, 1992; ANTORANZ ONRUBIA, M^a A, 2005; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; BENITO MARTÍN, F., 2000, pp. 217-218, 220; CALLEJAS, F., 1857; CANO VALERO, J., 2005; COLMENARES, D. de, 1637 (1982), I, pp. 183-185, 195, 198-200, 211-212; CONTE BRAGADO, D., CONTE BRAGADO,

A. y GARCÍA MARTÍN, M^a del M., 2004, pp. 21-30; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993; FERNÁNDEZ VILADRICH, J., 1972-73; GAMBRA GUTIÉRREZ, A., 1998, II, doc. 40; GAMBRA GUTIÉRREZ, A., 2005; GAUTIER-DALCHÉ, J., 1963; GONZÁLEZ, T., 1829 (1982), pp. 63, 331; GONZÁLEZ DíEZ, E., 2005, pp. 107-150; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, II, docs. 311, 314, 394, 461; GONZÁLEZ HERRERO, M., 1957; GONZÁLEZ HERRERO, M., 1958; GONZÁLEZ HERRERO, M., 1992; LEMA PUEYO, J. Á., 1990, doc. 57; LINAGE CONDE, A., 1971; LINAGE CONDE, A., 1972; LINAGE CONDE, A., 1976; LINAGE CONDE, A., 1979; LINAGE CONDE, A., 1980; LINAGE CONDE, A., 1983b; LINAGE CONDE, A., 1983c; LINAGE CONDE, A., 1987a; LINAGE CONDE, A., 1987b; LINAGE CONDE, A., 1988b; LINAGE CONDE, A., 1988c; LINAGE CONDE, A., 1989a; LINAGE CONDE, A., 1989b; LINAGE CONDE, A., 2000; LINAGE CONDE, A., 2004; LINAGE CONDE, A., 2005; LINAGE CONDE, A., 2006; LOBO IGLESIAS, E., 1991; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), pp. 236-242; MARQUÉS DE LOZOYA, 1967a; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990; MARTÍNEZ DíEZ, G., 1983, pp. 325-349; MUÑOZ Y ROMERO, T., 1847 (1972), pp. 281-286; PÉREZ DE URBEL, J., 1969-70, II, pp. 121-127 y III, pp. 54-56; PORRES MARTÍN-CLETO, J., 1993, pp. 31-32, 35-36, 83; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 675-681; REGUERA VALDELOMAR, J. de la, 1798; SÁEZ, E., 1956; SÁEZ, E., 1974-79; SÁEZ, E. *et alii*, 1953; SÁEZ SÁNCHEZ, C., 1982; SÁEZ SÁNCHEZ, C., 1991; SANZ Y SANZ, H., 1988, docs. 46, 69, 159; SIGUERO LLORENTE, P. L., 1997, pp. 323-324; SUÁREZ BILBAO, F., 2005; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 6, 8, 11, 13, 14, 18, 19, 27, 29, 34, 53, 77, 88, 90, 136, 137, 140, 141, 144, 174, 192, 231, 241, 245.

Iglesia de San Bartolomé

LA IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ, única que mantiene la categoría parroquial en la villa –motivo por el que iniciamos con ella la relación–, conserva de su pasado románico la capilla mayor y vestigios del atrio, todo muy restaurado, así como numerosos restos dispersos en la actual

fábrica, que como la mayoría de las sepulvedanas y por mor de su orografía, se asienta salvando notables desniveles.

La cabecera, levantada en buena sillería caliza blanzuca, consta de ábside semicircular, sobre banco corrido abocelado, y profundo tramo recto. El tambor absidal se



San Bartolomé en el extremo oriental del casco urbano

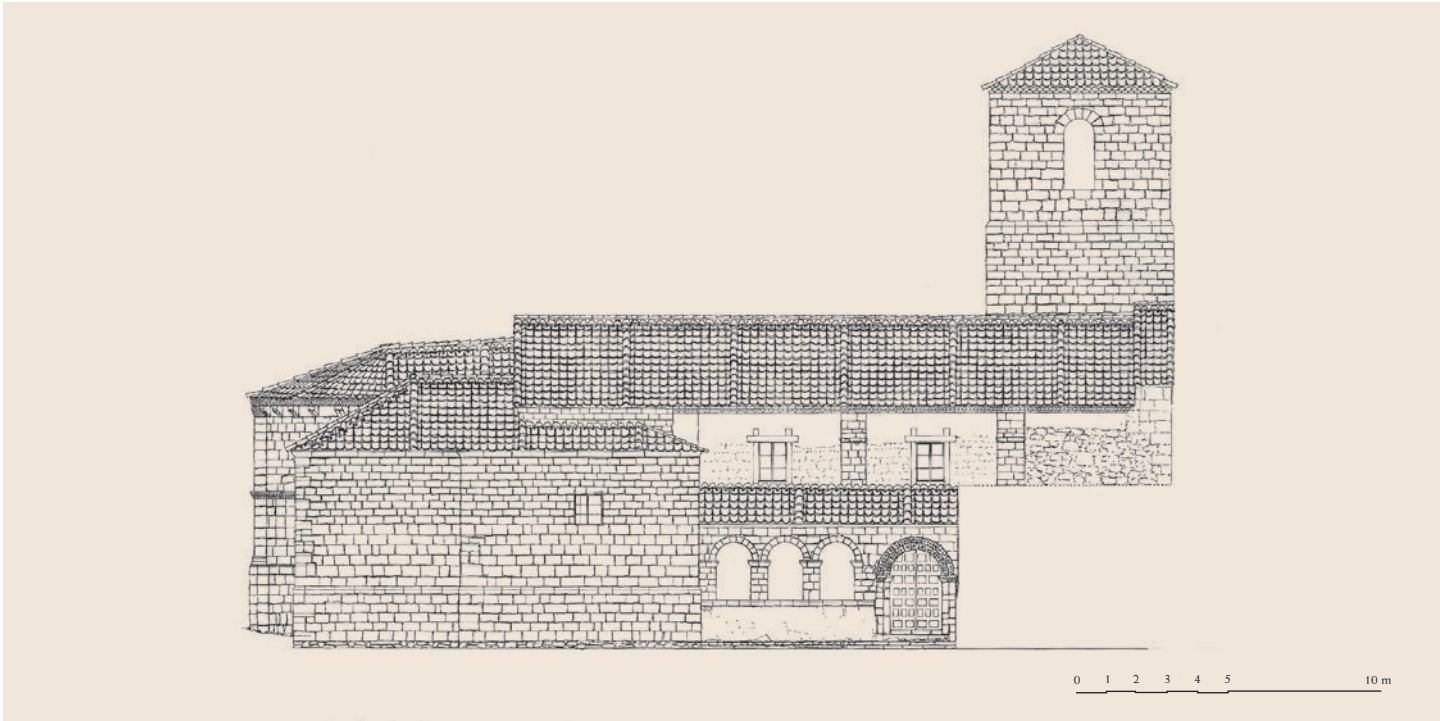


Cabecera

Exterior del ábside

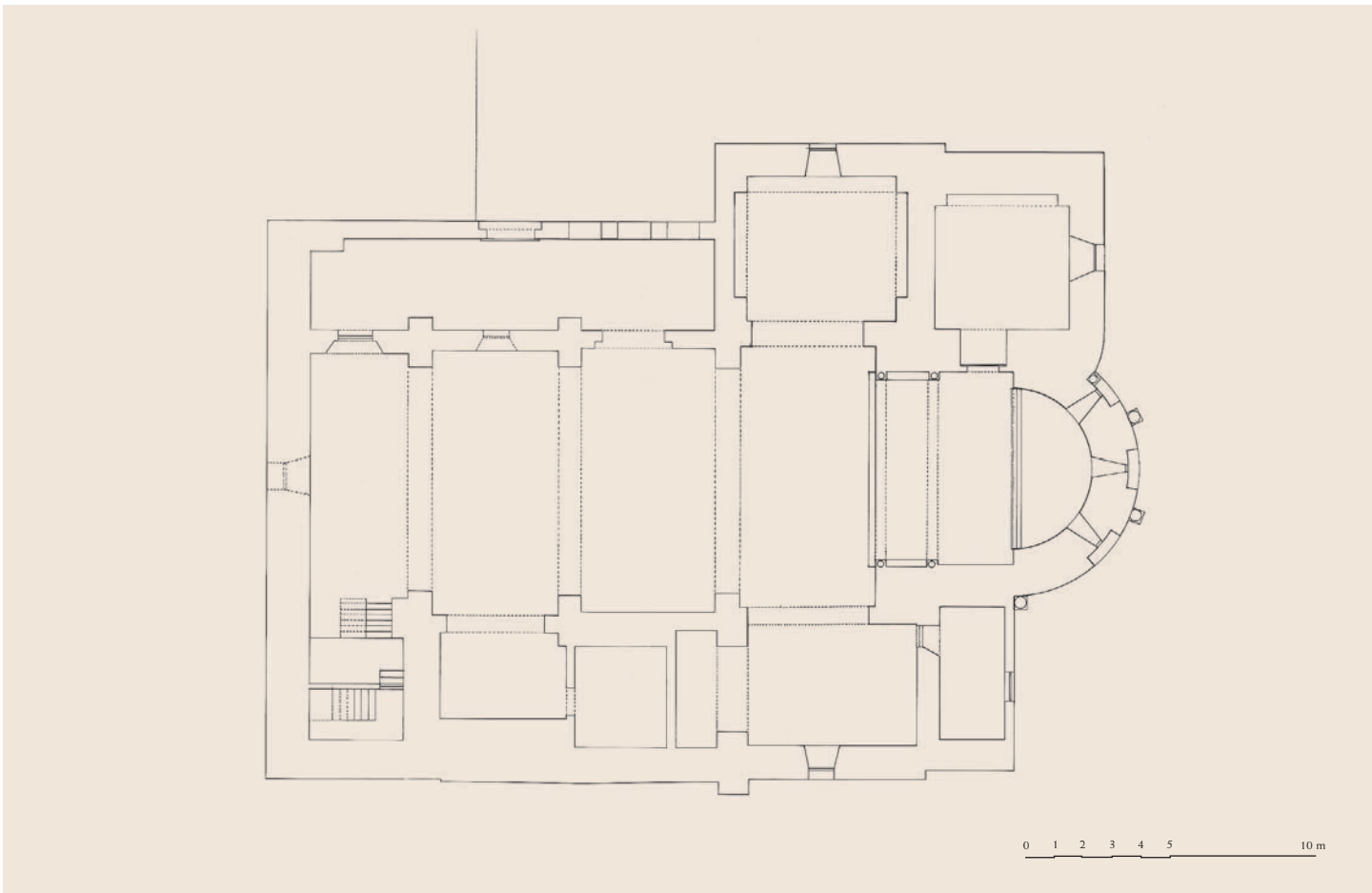


divide al exterior en cinco paños delimitados por media docena de columnas entregas, de las que las extremas se disponen en el codillo que forma la capilla con el presbiterio, habiendo desaparecido una de ellas y estando parcialmente solapadas por la sacristía otras dos. Se alzan sobre basamentos cúbicos que sobresalen del banco corrido y basas áticas de grueso y saliente toro inferior, con garras y sobre plintos, alcanzando la cornisa los capiteles que las coronan, donde se integran en la línea de canes que la sustenta. Se divide en altura este ábside en dos pisos mediante una imposta animada por cuatro hileras de billetes, imposta que invade los fustes de las columnas entregas. En los tres paños centrales del hemiciclo se abren sendas ventanas, habiendo sido totalmente rehechas la central y la sur, de saeteras con fuerte derrame al interior; sólo la más septentrional mantiene exteriormente parte de su estructura, rodeándose la restaurada aspillera por semiembutido arco de medio punto moldurado con tres cuartos de bocel en esquina retraído y chambrana abilletada. Apeaba el arco en una pareja de columnas acodilladas, de las que sólo se conserva la derecha, con basa ática con lengüetas y capitel vegetal de doble corona de carnosas hojitas lisas, las del piso inferior de puntas vueltas y las otras rematadas por caulículos. Sí se mantienen ambos cimacios, decorados con cuatro filas de billetes.



Alzado norte

Planta





Sección longitudinal

Alzado este





Interior



Capitel del arco triunfal

Corona el muro del hemiciclo una cornisa de perfil abiselado ornado con entrelazo de cestería similar al que vemos en las jambas de la portada de la Virgen de la Peña, pieza que apea en los capiteles de las semicolumnas y la serie de canecillos. Los primeros reciben decoración vegetal de sumarias hojas lisas de bordes carnosos, salvo los dos más septentrionales, respectivamente con entrelazo de cestería y helechos. En los canes se despliega un reducido repertorio geométrico y vegetal, con baquetones flanqueando bandas de puntas de diamante, rollos, *crochets*, hojas picudas albergando pomas y otras rematadas en caulículos. Sólo aparecen dos figurados, con sendos bustos, uno masculino de lengua barba partida, y una figura femenina velada. La parte septentrional de la cabecera aparece solapada por la sacristía construida en el siglo XVIII, en cuyo aparejo de sillería y mampostería se reutilizaron numerosas piezas románicas, tanto sillares como dovelas baquetonadas –probablemente de los arcos de las venta-

nas– y otras ornadas con lises, procedentes quizás de la portada. En el dintel que la da acceso desde el presbiterio se grabó la data: AÑO DE 1741.

Ya en el interior de la cabecera, donde también son notorias las reformas, aparece el hemiciclo cubierto por bóveda de horno que parte de una rehecha imposta decorada con abilletado. Antecede al ábside un profundo presbiterio, cubierto por bóveda de cañón reforzada por un fajón doblado, cuya rosca exterior penetra en los riñones de la bóveda, sin llegar a recaer en las columnas entregas que reciben al interno. A partir de ésta, y hacia la nave, se interrumpe la imposta de billetes sobre la que voltea la bóveda, claramente rehecha. Los capiteles que culminan las citadas columnas son vegetales, ornados con una corona inferior de hojas lisas y piso alto de caulículos, el del muro norte, y helechos y corona de hojas lisas el del meridional. El arco triunfal que da paso a la cabecera, también de medio punto doblado, recae en semicolumnas del



Portada



Arco del primitivo pórtico

Dovela con lirio reutilizada en el interior de la torre



mismo tipo, aunque aquí no llegan al suelo. Como las anteriores, sus basas denuncian en su molduración tardogótica una reforma de esta parte del edificio en la primera mitad del siglo XVI. Los maltratados capiteles del triunfal se ornan, el del lado de la epístola, con dos parejas de aves afrontadas de mediana factura, y con hojas alancetadas y sobre ellas otras acogolladas el del evangelio.

La nave, aun respetando el perímetro de la primitiva, fue totalmente modificada en época posterior, cubriéndose sus cuatro tramos con madera a dos aguas sobre arcos diafragma. A ambos lados del tramo que antecede a la cabecera se le añadieron en el siglo XVIII dos capillas, ambas cubiertas con cúpula. Otras dos capillas continúan la línea de fachada por el sur hasta entestar con el cuerpo de la torre, ésta dispuesta en el ángulo sudoccidental de la iglesia, mientras que ante la fachada septentrional —que a todas luces debía ser la principal— se conservó parte de la estructura del atrio románico. Éste presenta hoy portada de arco de medio punto con una arquivolta, ambos arcos sobre impostas ornadas con retícula romboidal y jambas escalonadas, que muestran sus roscas decoradas con rosetas tetrapétalas en clipeos, y con banda perlada las de la arquivolta, en cuya clave se introdujo una flor de lis. Son evidentes los síntomas de remonte, que también creemos afectó a los tres arcos de medio punto sobre pilares cúbicos con impostas abiseladas que se extienden hacia la cabecera. No obstante, parece mantenerse *in situ* el otro arco de idéntica tipología que aparece al oeste del acceso, sólo visible desde el interior del pórtico, y donde es perceptible parte del banco de fábrica sobre el que se alza la

arquería, en mampostería rematada por sillares de aristas aboceladas.

La torre de planta cuadrada se sitúa como señalamos en el ángulo sudoccidental del edificio. Levantada con hoja exterior de sillería y mampostería al interior, es fruto de una reconstrucción posterior a la fase románica, reutilizando en su aparejo numerosas piezas procedentes de la primitiva iglesia, como tambores de fuste, sillares labrados a hacha, dovelas con baquetones y otras decoradas con rosetas y esquemáticas flores de lis en clipeos formados por tallos y zarcillos en los ángulos, como la que vimos también en el acceso del pórtico.

Haciendo abstracción de las reformas y añadidos, presenta una estructura similar a la de El Salvador y Santa María de la Peña, excepto por el mayor desarrollo del presbiterio y la ubicación de la torre. Es sin duda posterior a la primera y creemos aproximadamente coetánea a la cabecera de la segunda, pudiéndose encuadrar su construcción en el primer tercio del siglo XII.

Texto y fotos: JMRM - Planos: MVPS

Bibliografía

AA.VV. 1987a, p. 99; ALCOLEA, S., 1958, pp. 168-169; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 236-238; GARMA RAMÍREZ, D. de la, 1998, pp. 106-107; HERBOSA, V., 1999, p. 17; QUADRADO, J. M^o, 1884 (1979), pp. 681; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, p. 105.

Iglesia de El Salvador

LA ANTIGUA PARROQUIA DE EL SALVADOR, situada en la zona alta del cerro occidental sobre el que se asienta la villa, resume en sus muros y bóvedas el paradigma del románico sepulvedano, como edificio de recia sillería, de amplia nave abovedada, dotado de cripta y porticado, con su silueta realzada por una bella estructura torreada, aneja pero no adosada al cuerpo de la iglesia. Y, siendo todas éstas características notorias de la estructura, que tuvo su innegable influencia en al menos otras dos de las iglesias de la villa, aparecen la mayoría como atípicas dentro del panorama del románico segoviano, sin que ello sea sino prueba de que los límites provinciales de hoy apenas tienen que ver con los de antaño.

Frente al habitual silencio documental y epigráfico de la mayoría de los templos segovianos, éste de El Salvador

cuenta con importantes jalones que nos permiten verificar su antigüedad. Además de la inscripción del zócalo exterior del ábside, que aporta la fecha de 1093, tenemos una referencia al barrio en 1120, fecha aproximada del testamento del arcipreste sepulvedano Hugo, en el que actúa como testigo *Iohannes el gualt Sancti Salvatoris*. Otras inscripciones, la mayoría epitafios, nos hablan del pleno funcionamiento del templo a mediados del siglo XII.

Es esta iglesia, sin duda, el edificio románico que, junto y en general sobre algunos de la capital, más páginas ha recibido por parte de la historiografía. El primero en ocuparse de ella fue José María Quadrado (1865-72), quien además de referir como causa de la pérdida de su carácter parroquial "lo fatigoso de la subida", realiza una somera descripción, resaltando el carácter primitivo de la

cabecera, nave y torre, mientras que considera el pórtico rehecho “en el tránsito del siglo XV al XVI según las molduras y cornisas”, aunque reutilizando las columnas románicas del primitivo. Transcribe además las inscripciones situadas en el exterior del ábside. Unos años después, en 1900, Enrique Serrano Fatigati destacaba su pureza de líneas, insistiendo en la refección del atrio en época renacentista; como Quadrado, considera la galería posterior al cuerpo del templo, el cual a su juicio “fué restaurado o reconstruido parcialmente á fines del siglo XII” reutilizando materiales –en referencia a los capiteles del interior– de una iglesia precedente, que data de tiempos de la definitiva repoblación de Sepúlveda. De la misma opinión es Cabello Doderó (1928), para quien el atrio “parece reconstruido hacia 1500”, respondiendo quizás tal asignación cronológica a las bolas que decoran las nacelas de sus arcos. En 1933 publicaba Blas Taracena su estudio sobre las galerías porticadas sorianas, en el que apunta a ésta de El Salvador como cabeza de la serie segoviana que recorren los costados meridional y occidental de las naves. Al año

siguiente veía la luz la espléndida obra *El arte románico español. Esquema de un libro* de Manuel Gómez-Moreno, donde el ilustre historiador granadino hermanaba las fábricas de nuestra iglesia y la del priorato de San Frutos, caracterizando a El Salvador y estableciendo relaciones con la tradición mozárabe y San Isidoro de León. Emilio Camps, en 1935, consideraba a El Salvador cabeza del grupo segoviano y soriano, insistiendo en la influencia leonesa de San Isidoro sobre todo en la articulación del ábside y en la torre, así como ciertos mozarabismos en la bóveda del piso superior de ésta. Pérez de Urbel y Atilano Ruiz-Zorrilla publicaron en 1946 parte de la epigrafía medieval de Segovia, y entre tal nómina un inscripción litúrgica que en esa fecha se encontraba “invertida en la parte inferior del ángulo de la moderna sacristía de la iglesia de San Salvador”, y que consideraban “el resto arquitectónico más antiguo de la población”, procedente de “la basílica que precedió a la iglesia románica”, sugiriendo su data en el siglo X. Transcriben además la *datatio* del exterior del ábside y otros epitafios. Lojendio (1966) reconoce la antigüedad y el

La iglesia dominando el caserío



carácter de modelo de El Salvador, destacando la rudeza de la obra y la ausencia de elementos moriscos. Inés Ruiz Montejo (1980), en su estudio sobre los primitivos focos del románico castellano y el origen de las galerías porticadas, dedica especial atención a las iglesias de San Miguel de San Esteban de Gormaz y El Salvador de Sepúlveda, coincidiendo con Camps Cazorla en la preeminencia cronológica y el carácter de modelo de la que nos ocupa, salvo su pórtico, que considera obra del siglo XIII avanzado. La misma autora profundizó en su análisis del edificio unos años después (1988), siendo sus conclusiones seguidas por Diego Conte (1993), quien añade un completo repaso de la historiografía precedente. Isidro Bango (1992), quien también reconoce las reformas sufridas por el pórtico, ve un aire defensivo en la torre, a la que considera por su ubicación y el tipo de bóveda del piso superior heredera de "una tradición prerrománica en tierras castellanas". Existe en cualquier caso un reconocimiento del carácter de hito de esta iglesia dentro del románico de tierras segovianas y aun del sur del Duero, y por ello nos

hemos permitido el breve balance historiográfico anterior, que muestra también las divergencias en cuanto a interpretaciones que ha suscitado.

Es El Salvador un bello templo de planta basilical, con nave única articulada en tres tramos y cabecera compuesta de un brevísimo presbiterio y amplio hemiciclo, el conjunto levantado en excelente sillería caliza local, sobre un banco corrido de arista abocelada, aplicando un principio de solidez arquitectónica sin duda vinculado al abovedamiento general de los distintos ámbitos. La nave, cuyos muros alcanzan un grosor aproximado de 1,35 m, recibe bóveda de cañón reforzada por fajones, apeados en robustos respaldos prismáticos que se corresponden en la hoja externa del muro con estribos de idéntico perfil; la cabecera, por su parte, se cubre con cañón en el tramo recto y bóveda de horno en el ábside. Resulta llamativa la notable diferencia de altura entre la esbelta nave y la cabecera, en la que también retendremos la extrema brevedad del tramo presbiterial, común a la mayoría de las iglesias de la villa. El primer rasgo señalado permite la iluminación

El Salvador desde la torre de San Bartolomé





Fachada oriental



La iglesia desde el sudoeste

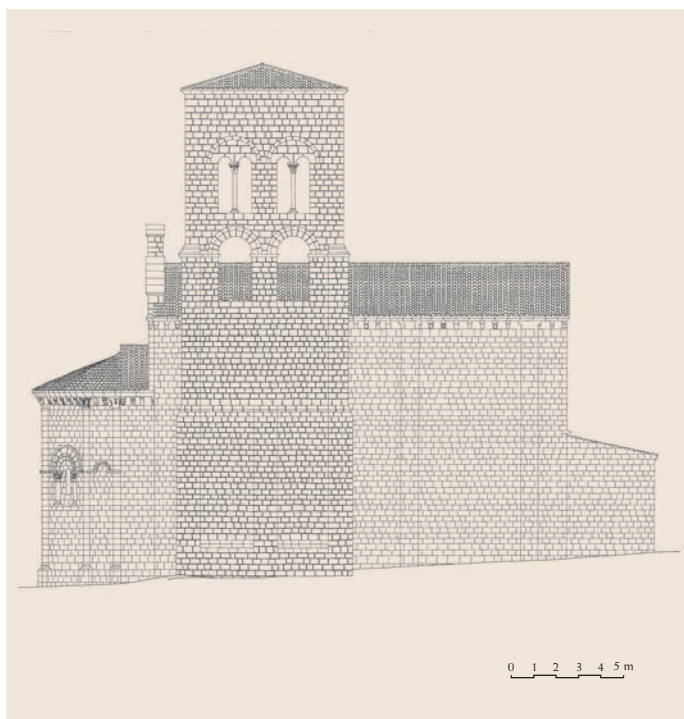


Canes del presbiterio

directa de la nave desde el este, mediante el vano rasgado, abocinado al interior y abierto sobre el arco triunfal en el testero de la nave, muro que se prolonga brevemente sobre la cubierta como piñón volado.

La cabecera se muestra interiormente lisa, abriéndose en el tambor del hemiciclo tres vanos de fuerte derrame; el cascarón que lo cubre apea en una imposta ornada con dos hileras de rudos billetes. La bóveda del presbiterio se alza sobre otra imposta que, en el muro meridional recibe una greca de entrelazos y piñas entre tallos, mientras que en el norte se incluyen dos piezas, una con doble greca de entrelazos y la otra con decoración vegetal de tipo ataurique y piñas entre tallos. La articulación de los muros exteriores del ábside nos deja ante un modelo que será copiado en Santa María de la Peña. Se alza sobre banco corrido abocelado, dividiéndose el tambor en cinco paños mediante seis columnas entregas –las dos extremas en el codillo con el presbiterio–, alzadas sobre podios en saledizo del zócalo, basas de dos toros iguales y amplia escocia, sobre plintos; sus capiteles alcanzan la cornisa, recibiendo

somera decoración: los tres más meridionales muestran su cesta lisa de hojas apenas esbozadas con cabecitas en los ángulos y centro, mientras que los otros tres se ornan con un tallo entrelazado del tipo que veremos en la nave, hojas y entrelazos de tratamiento espinoso y, en el del extremo septentrional, se suceden un tosco personajillo, una piña y una cabecita de animal. La cornisa recibe semibezantes, dientes de sierra y banda en zigzag, estando soportada por canecillos profusamente decorados: los hay de finos rollos recordando lo cordobés, abilletado del tipo visto en San Frutos, lóbulos y piñas, bastoncillos, formas geométricas, prótomos de animales, y un rudo personaje quizás exhibicionista. Del mismo tipo son los canes del tramo recto, bajo cornisa de ovas al norte y de billetes al sur, con un prótomo rugiente y otro de bóvido, dos ramilletes vegetales, dos toscas figuras humanas, una de ellas entre dos piñas, y dos cabecitas entre hojarasca. El frente de las nacelas aparece profusamente ornamentado, como en San Isidoro de León, repitiéndose también la solución de adosar los canes extremos a los codillos. En los tres paños cen-

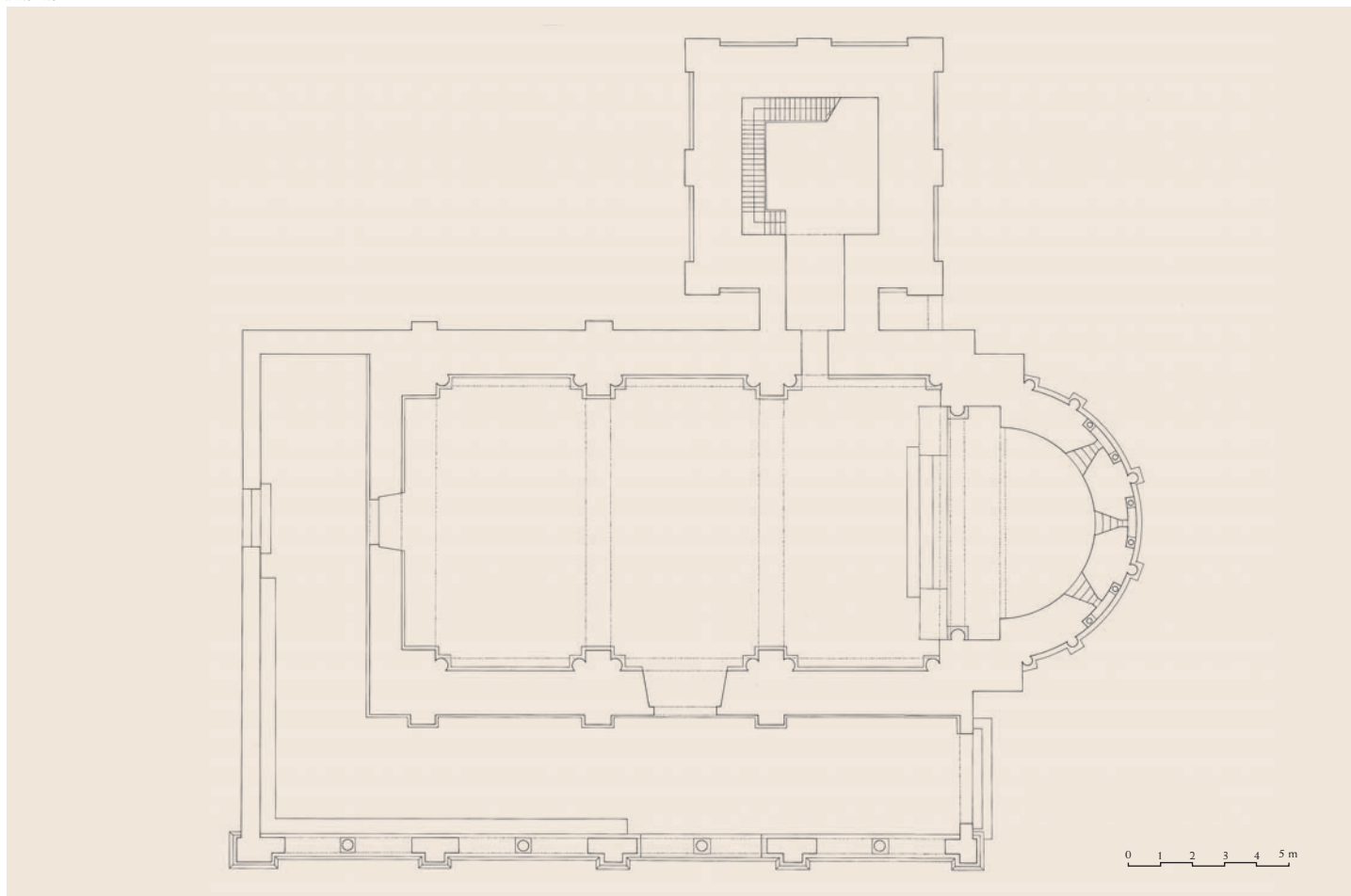


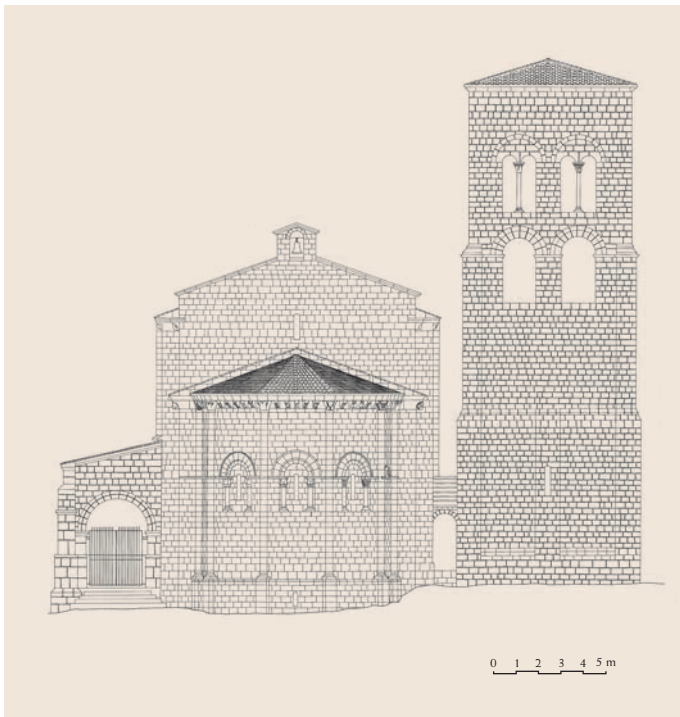
Alzado norte



Alzado sur

Planta



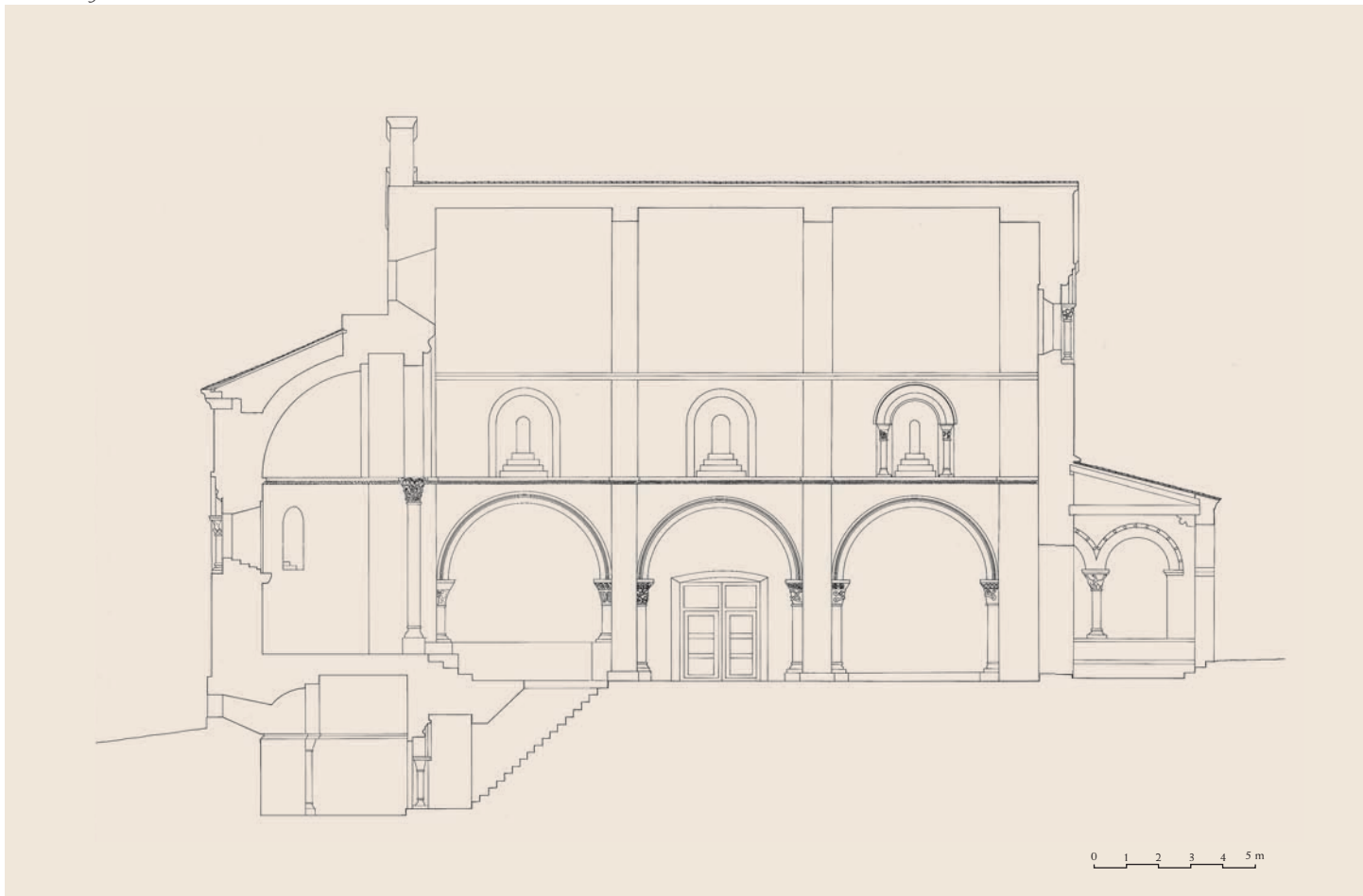


Alzado este



Sección transversal

Sección longitudinal





Interior



Capitel del arco triunfal

trales del hemiciclo se abren sendas saeteras rodeadas por arcos de notables proporciones, con gruesos bocelos entre medias cañas y chambranas ajedrezadas. Apean los arcos en columnas acodilladas de sumarios y rudos capiteles vegetales con dos niveles de hojitas reticuladas, del estilo a las del interior, y otras esquematizaciones vegetales. Sus cimacios muestran taqueado, que se sigue como imposta corrida por todo el hemiciclo, invadiendo las semicolumnas y curvándose a modo de chambranas en los breves paños laterales, que carecen de ventanas. Este recurso será también copiado en Santa María de la Peña.

De nuevo en el interior, da paso a la cabecera desde la nave un arco triunfal de medio punto, doblado hacia aquélla por otro baquetonado y rodeado por guardapolvos de tallos y hojitas trilobuladas. Apea el toral en una pareja de columnas de fuste exento, alzadas sobre maltrechas basas áticas de finos toros y gran escocia, sobre plintos. Las coronan bellos capiteles, el del lado del evangelio con

decoración vegetal de tipo ataurique y cimacio de tallos y brotes espinosos que se continúa como imposta hacia la nave, incluyéndose en el codillo un relieve con un personaje atacado por un lobo. El capitel del lado de la epístola, más tosco, recibe un mascarón y tallos entrelazados rematados en volutas.

La nave, abovedada como queda dicho y dividida en tres tramos, articula sus muros internos en dos pisos; el superior acoge las ventanas y está remarcado por la imposta —decorada con gruesos billetes— sobre la que voltea la bóveda, y otra que corre bajo el cuerpo de vanos, ornada con trama de entrelazo de cestería y billetes en el tramo occidental. Salvo un simple vano abierto sobre el pasaje de la torre al norte, únicamente se abren ventanas en el muro meridional, y sólo la más occidental muestra capiteles al interior. Cada tramo del piso bajo se arma con grandes arcos ciegos moldurados con grueso baquetón y bocel entre medias cañas, arcos que apean en columnas acodilla-



Interior de la nave hacia los pies



Capitel de la arquería interior

das de basas áticas sobre plinto, fino toro superior y gran escocia, según articulación muraria repetida en San Frutos. Coronan estas columnas rudos capiteles de aire arcaico, ornadas sus cestas troncopiramidales con gruesos tallos entrelazados, idénticos a otros de San Miguel de San Esteban de Gormaz, hojitas incisas y piñas, grandes helechos, una cabecita humana acechada por una serpiente, otra sobre un cuadrúpedo, todo sin intención iconográfica aparente. Los cimacios ornan su chaflán con dos niveles de zigzag, rosetas, trisqueles, zarcillos, palmetas y entrelazos, una ruda serpiente, etc.

Cuenta el templo con dos portadas, abiertas en las fachadas meridional y occidental, y ambas de la misma palmaria austeridad que vimos en la sur de San Frutos, renunciando al abocinamiento y la decoración; parecen más propias de la arquitectura prerrománica y de la románica apegada a tal tradición, ajena a las monumentales que se impondrán con la madurez del estilo. La meridional

muestra un arco de medio punto probablemente alterado y ornado con dos hileras de alargados billetes, sobre renovadas jambas. El acceso occidental, de notables proporciones, presenta similar aspecto, constando de arco de medio punto levemente peraltado sobre impostas de nacela, lisa la meridional y sumariamente ornada con dos rosetas y zigzag la otra.

De las ventanas de la fachada sur se decoran y articulan con arcos sobre columnas acodilladas las dos extremas, la oriental con arco de bocel y nacela ornada con palmetas entre tallos y chambrana de trifolias, sobre capiteles, uno vegetal de tallos y el otro con dos felinos rampantes afrontados, rodeando una ventana rasgada con un relieve en el pseudotímpano –tallado en reserva y de aire prerrománico– en el que se afrontan dos cuadrúpedos ante un vegetal. La ventana del primer tramo repite en sus capiteles los gruesos tallos entrelazados, con arco abocelado y chambrana de billetes, y sobre la saetera un tablero orna-

do con rosetas y damero, igualmente de aspecto arcaizante. Los cimacios, de filete y billetes, se continúan como imposta por el muro invadiendo los dos contrafuertes que flanquean el tramo, interrumpiéndose aquí. La ventana abierta en el hastial occidental, por su parte, es similar a la de la misma posición en San Frutos: saetera de amplio arco de medio punto abocelado y doblado por otro liso, con chambrana abilletada; el arco interior reposa en una pareja de columnas acodilladas con capiteles de tallo entrelazado.

Las semicolumnas que interiormente recogen los fajones se corresponden al exterior con contrafuertes prismáticos que alcanzan la cornisa, ésta de nacela y apoyada en canes rudamente decorados con rollos, prótomos de bóvidos o felinos, un caballo enjaezado, tallos y pámpanos, bastoncillos, cabecitas humanas, un carnero, entrelazos, una liebre, piñas, un personajillo con las manos sobre el pecho, un cáliz, etc. Como en San Frutos, los ángulos de los estribos integran en el mismo sillar un canecillo, rasgo éste que vemos en algunas iglesias asturianas y leonesas del románico pleno.

Al norte del tramo oriental de la nave se sitúa la torre, que debió ser construida, ya que no a la par que la nave como sugieren las rupturas, sí en una campaña consecutiva a ésta. Aparejada con sillares de menor tamaño que el resto, presenta la particularidad —compartida con la de San Miguel de San Esteban de Gormaz— de no adosarse directamente al cuerpo del templo, uniéndose al mismo mediante un pasadizo abovedado con medio cañón a doble altura. La profundidad de este pasaje, que da acceso al piso bajo, suma el grosor de la nave con el del espacio intermedio y el propio del muro meridional de la estructura, alcanzando los 4,35 m. El piso bajo se refuerza al exterior mediante contrafuertes angulares y en la zona central de los muros, rematados en talud, abriéndose en el estribo central oriental una estrecha saetera. Se accede desde él mediante una escalera de madera moderna a un forjado intermedio donde se sitúa la bóveda que cubre el angosto segundo piso, bóveda de medio cañón de eje normal al del templo que parte de impostas achaflanadas. En su centro se abre un hueco que da acceso al primer cuerpo de campanas, con dos vanos por muro, de arcos doblados de medio punto sobre imposta de ajedrezado que corre por todo el exterior de la torre invadiendo los contrafuertes de ángulo que a su altura rematan en talud. La gradación de alturas, el leve retranqueo de los cuerpos y los estribos angulares determinan un alzado que llevó a Gómez-Moreno a considerarla “trasunto de la de S. Isidoro, en León” (GÓMEZ-MORENO, M., 1934, p. 154). En el cuerpo superior se abren también dos arcos por lienzo, aunque aquí

éstos acogen otros menores ajimezados, haciendo de par-teluz columnas de basas áticas y rudos capiteles con entrelazos, estilizadas hojas lisas y otras lanceoladas, bajo cimacios de taqueado o nacela. Mayor interés ofrece el sistema de cubrición de este piso superior, mediante una bóveda esquifada reforzada por dos nervios que parten del centro de los muros, nervios que se entrecruzan sin clave común, siendo uno pasante y el otro entrego, partiendo de repisas abiseladas dispuestas en la enjuta de los arcos. Los cuatro paños de la bóveda se aparejaron con menuda mampostería de lajas, mientras que los nervios, de sección rectangular, lo hacen con sillería también de pequeñas dimensiones. Este curioso sistema de cubierta es similar al que vemos en la Torre Vieja de la catedral de Oviedo y se aplicó en la de la ermita de Nuestra Señora del Barrio de Navares de las Cuevas, aunque aquí los plementos se aparejaron en calicanto encofrado y con cerchas supletorias que determinan doce paños; también lo encontramos en la torre de San Millán de la capital, con paños igualmente de mampostería encofrada, aunque aquí los nervios van a los ángulos, y encuentra un remedo, de torpe ejecución, en la torre de la iglesia de los Santos Justo y Pastor de la propia villa de Sepúlveda, en este caso volteándose los nervios —de ladrillo— desde el centro de cada muro. Sin descartar un posible influjo morisco, el aire de esta bóveda nos recuerda —más que el resto de los ejemplos citados— los modos septentrionales, que encuentran precedentes en lo hispano del siglo X.

Al sur y oeste de la nave se adosó un pórtico que, pese a ser posterior a la iglesia y las reformas, no debe sobrepasar cronológicamente los años centrales del siglo XII. Como en otros ejemplos segovianos —Duratón— o sorianos —Andaluz— sólo se abren arcos en la fachada meridional, que en este caso cuenta con un acceso en el lateral oriental. Se compone la galería de una serie de ocho arcos, alzados sobre un pretil abocelado que va salvando el fuerte desnivel y agrupados en series de dos, intercalándose entre éstas machones prismáticos y contrafuertes. Todos los arcos son de medio punto y doblados con otros bien de perfil de nacela ornada con bolas, bien con bocelos sogueados, apeando alternativamente en columnas exentas y potentes pilares; las primeras, de corto fuste, se alzan sobre plintos y basas áticas de prominente toro inferior, con garras. Las coronan capiteles decorados con parejas de aves afrontadas, hojas cóncavas con bolas en las puntas, figuras de aire simiesco agachadas y cornudas, de barbas partidas y prominentes ojos globulosos, en un caso vomitando hojarasca, y uno historiado con un tema oscuro, que para Ruiz Montejo aludiría a “la representación de los trabajos del hombre” o quizá pudiera recoger parte del ciclo



Capitel de la arquería interior



Pasaje entre la nave y la torre



Bóveda del piso medio de la torre

del Génesis, con el Pecado Original, la ofrenda de Abel y su muerte a manos de su hermano. Estos capiteles del atrio parecen obra del mismo taller que trabaja en los de la nave de San Justo, y su estilo puede relacionarse con el de los burgaleses de la galería porticada de Canales de la Sierra, un capitel del ábside de la ermita de San Cosme y San Damián en Barbadillo de Herreros, otro del ábside de Espinosa de Cervera, alguno interior de San Quirce de Los Ausines, o los de la galería soriana de Berzosa. El cierre occidental del atrio, carente de arquería, muestra su aparejo muy rehecho, y en él se abre un solo acceso de arco de medio punto frente a la portada de la iglesia.

A los pies del templo, junto al muro septentrional, se conserva un ejemplar de pila bautismal de traza románica, con copa semiesférica de 1,05 m de diámetro por 0,49 m de altura, decorada con poco resaltados gallones y bocel en la embocadura, y apoyada sobre tenante cilíndrico de 0,39 m de alto.

El apartado epigráfico es otro de los aspectos más notables del templo. De los numerosos epígrafes que conserva destacamos por su relevancia los dos –muy maltrechos– situados en el basamento exterior del hemicycle, sobre todo el que proporciona la datación más temprana directamente asociada a un edificio de todo el románico provincial; bajo un crismón con el Alfa y la Omega se lee: ERA / MCXXXI, esto es, “Cristo. En el año de 1093”. Sin entrar a valorar a qué podría referirse la fecha señalada, pues variedad de opiniones se han vertido en la historiografía, sí consideramos que proporciona un jalón cronológico acorde con las características artísticas del templo, muy cercano además al más concreto de la consagración del priorato de San Frutos del Duratón. Quizás asociado al anterior por simple proximidad, discurre en el mismo zócalo absidal un epitafio casi ilegible, realizado en letra carolina y que reza: HOC IN SARCOFAGO IVLIAN PAVSAT IMAGO / OSSA T VS CAPIAT PARADISVS / D ET I / RA ADSIT / M. De estos dos epígrafes existe en el interior de la iglesia un molde en yeso realizado en 1993 por Luis Cristóbal Antón para conmemorar el noveno centenario de la iglesia.

En diversos sillares del pórtico, al interior, encontramos varios epitafios, como el de una dama fallecida en 1153, que dice: OBIIT : F(AMU)LA / DEI : III : NO(NA)S / D(E)C(EM)BR(IS) : ERa / M : C : LXXXX : I, esto es, “murió la sierva de Dios [se omite el nombre] a tres días de las nonas de diciembre (3 de diciembre) de la era de 1191 (año 1153)”. Bajo éste, se grabó otro treinta años posterior, con el texto: OBIIT : Fa(MU)La D(E)I / M : II : K(ALENDAS) : NO(VEM)B(RI)S / E(RA) : M : CC : XXI ;, o sea, “Murió la sierva de Dios M... a dos días de las calendas de

noviembre (31 de octubre) de la era de 1221 (año 1183)”, aunque dudamos si la última X de la fecha no será una V como transcribieron Pérez de Urbel y Ruiz Zorrilla, lo que nos daría la de 1178. En otro de los sillares y en letra carolina románica se grabaron dos líneas con una serie de nombres, quizás también en referencia a personajes enterrados en el atrio: MICAEL : [E]T D(OMI)nICVS (Miguel y Domingo), y más abajo, MICAEL : X...CA[E]LES (¿Miguel Miguélez?). Un atento examen revela más epígrafes, algunos curiosos como el epitafio bajomedieval de Pedro Martín “el cojo” y otros, casi grafitos por lo poco profundo de las letras, y de muy difícil transcripción, como los reproducidos por los autores antes citados (PÉREZ DE URBEL, J. y RUIZ ZORRILLA, A., 1946, p. 178). Estos mismos transcriben la inscripción litúrgica antes situada en la demolida sacristía sita el norte de la cabecera, y hoy recogida en la parte oriental del pasaje entre la nave y la torre: [HEC] DICIT DOMINVS / [QUI]CUMQUE VENE / [RIT IN] LOCO ISTO / [ET OR]AVERIT D[I / MITE]T DEVS PECCA / [TO SV]O DOMINVS EXAV / [DIET E]VM AMEN, que consideran perteneciente a un templo anterior al actual.

Constituyendo en cuanto a su arquitectura uno de los ejemplares más canónicos de la provincia, posee sin embargo El Salvador algunas peculiaridades dignas de reseñarse, tales el notablemente breve presbiterio, la cripta bajo la cabecera, la separación de la torre del cuerpo de la iglesia, la ausencia de portadas monumentales, la propia articulación exterior del ábside y la tipología de las ventanas de la nave, con desproporcionados arcos rodeando la saetera, rasgo que comparte con la iglesia prioral de San Frutos del Duratón y con la de San Miguel de San Esteban de Gormaz. Todo ello además de los ya suficientemente aludidos rasgos del pórtico envolviendo dos de sus lados y del hecho de constituir un ejemplar enteramente abovedado, *rara avis* en el románico del sur del Duero. Respecto al primero de los destacados por nosotros, quizás sean los condicionantes topográficos –el fuerte desnivel de norte a sur, y sobre todo al este y oeste del perímetro– los que motiven el carácter exiguo del presbiterio, que altera la normal gradación de los volúmenes; no parece en cualquier caso que se trate de un rasgo de estilo importado, aunque sí fue secundado en dos las iglesias de la villa: San Bartolomé y en mucha menor medida en Nuestra Señora de la Peña. Llamativa es la existencia de una cripta bajo la cabecera, a la que no hemos podido acceder al haber sido condenada bajo dos inexpugnables losas de caliza de considerable grosor. De ella sólo alcanzamos a entrever las escaleras que le dan servicio desde la nave y la pequeña saetera que le da luz sobre el basamento del ábside, debiendo esperar su estudio a con-



Bóveda del piso alto de la torre



Capitel de la galería, decorado con aves

Capitel de la galería, decorado con personajes simiescos



Capitel historiado de la galería





Inscripción con la fecha de 1093

seguir franquear el acceso por medios mecánicos. Retengamos de todos modos la notable concentración de criptas del románico sepulvedano, presentes en este caso, en San Justo y Santa María de la misma villa y en la arruinada iglesia de San Julián de la Hoz.

Según nuestro entender, la separación de la estructura de la torre, que pudiera aludir a un reforzamiento de su carácter fuerte –como “bélico” lo llega a calificar BANGO TORVISO, I. G., 1994, p. 166– parece deberse más a criterios constructivos que de defensa, siendo en todo caso más apta como puesto de vigilancia que preparada para resistir asedio alguno. La robustez de sus pisos bajos tiene que ver con la solidez y no tanto con aspectos militares que hubieran al menos desaconsejado la apertura del piso bajo de vanos, y nótese además que se halla dentro del perímetro amurallado. Tampoco facilita la construcción en alzado del edificio, sino bien al contrario y, de hecho, la ruptura de las hiladas en la unión del cuerpo de la torre con la nave nos deja ante la evidencia de la posterioridad de la prime-

ra respecto a la segunda, aunque sin resolver la incógnita del porqué no se adosó el campanario, por otra parte aparejado con más menuda sillería. La separación de la nave, que comparte con la iglesia soriana de San Esteban de Gormaz, fue soslayada en el santuario de La Peña, que repite el modelo aunque conectando torre y nave.

En cuanto a la renuncia a portadas monumentales, el carácter realmente sobrio de sus accesos parece sugerir un cierto apego a tradiciones prerrománicas –corroborado por algunos detalles decorativos de las mismas portadas, relieves de las ventanas y del interior, con cierta renuncia a lo figurativo quizás más fruto de la impericia– y por el diseño en herradura del arco de descarga sobre el acceso occidental; hay además en el muro, a ambos lados de éste y visibles al interior y exterior, sendas rupturas de hiladas que afectan a nueve de ellas, que aunque no nos corroboran la reutilización de un muro previo, sí revelan un titubeo en su proceso de elevación, siendo además algo menos potente que los restantes. Similares rupturas y cosidos, quizás meros ajustes en curso de obra, se ven en la parte occidental del muro meridional.

Robusta, bien construida, cabeza de una serie por lo demás no excesivamente larga y monumento esencial del románico del norte segoviano, El Salvador se relaciona íntimamente con otros de los templos fundamentales de éste, caso de San Frutos del Duratón, San Bartolomé, San Justo y Santa María de la misma Sepúlveda y las iglesias de Fuentidueña. Todo ello amén de sus evidentes similitudes con el foco de San Esteban de Gormaz –de traza, que no de materiales constructivos– y de los débitos hacia lo leonés de San Isidoro y su prolongación abulense, constituyendo un a modo de nudo gordiano de la implantación del románico en las extremaduras castellanas. Respecto a la polémica sobre la anterioridad o posterioridad de este templo respecto al soriano, que cuenta con amplia nómina de prestigiosos historiadores en ambos platos de la balanza, sólo añadiremos que la misma nos parece estéril. Ya sea 1081 ó 1111 la data aportada por un canecillo de la galería soriana, y refiérase o no a la construcción de la iglesia sepulvedana la de 1093, tales fechas son preciosos jalones cronológicos que, entendemos, deben tomarse con precaución. El análisis estilístico y formal, pese a resultar por momentos farragoso, proporciona criterios objetivos para afirmar la comunidad de estilo de ambos templos, bien notable en sus trazas, tipología de torres y ventanas. San Esteban y Sepúlveda fueron plazas hermanadas por su carácter estratégico, ya desde el siglo X constituyeron la punta de lanza de la futura expansión allende el Duero de los reinos cristianos, confirmada tras el paréntesis militar que supuso la supremacía de Almanzor. De su repoblación



Epitafio de Julián

y engrandecimiento se encargaron los condes castellanos y los reyes leoneses y aragoneses, y comparten devenir hasta en su declive reciente, más acusado en el caso segoviano por la complicada orografía. Queremos decir con esto que, cuando en el tránsito entre la undécima y duodécima centuria se estaban alzando sus templos, ambas localidades compartían un mismo espacio geográfico, político y artístico, ajeno a los límites provinciales actuales. Y fueron, si no el mismo equipo de artífices sí de una misma formación, los que levantaron la nave y cabecera de El Salvador y San Frutos, y la iglesia y pórtico de San Miguel de San Esteban de Gormaz. El pórtico de la que nos ocupa parece más tardío, de mediados del XII.

El proceso constructivo de esta iglesia parece iniciarse con la elevación de la cabecera y traza general en fecha cercana al tránsito del siglo XI al XII, acorde con la proporcionada por la inscripción (1093), continuándose hasta la elevación de la nave sin cesuras de importancia. Ya dentro de la duodécima centuria, en sus primeras décadas, se alzaría la torre al norte del cuerpo de la iglesia, finalizando el proceso con la construcción del atrio, cuyos capiteles son obra del taller, de probable origen burgalés, que hacia los años centrales del siglo trabajó en la nave de la iglesia de los Santos Justo y Pastor de la misma villa.

Bibliografía

- AA.VV. 1987a, pp. 99-100; ALCOLEA, S., 1958, pp. 164-166; BANGO TORVISO, I. G., 1992, pp. 290-291; BANGO TORVISO, I. G., 1994, p. 166; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; CABELLO DODERO, F. J., 1928a, pp. 263-265; CAMPS CAZORLA, E., 1935 (1945), pp. 154-155; CASTÁN LANASPA, J., 1990, p. 28; CHUECA GOITIA, F., 1965 (2001), pp. 215-216; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 163-164, 207-208, 227-236; GARMA RAMÍREZ, D. de la, 1998, pp. 101-103; GÓMEZ-MORENO, M., 1934, pp. 152-155; GUIDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 296, 298; HERBOSA, V., 1999, pp. 14-15; HOZ ONRUBIA, J. de, 2006, p. 146; LAFORA, C. R., 1988, pp. 101-104; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1908-09 (1999), I, pp. 497-498; LINAGE CONDE, A., 1976, pp. 642-645; LOJENDIO, L. M^a y RODRÍGUEZ, A., 1966 (1979), pp. 109-112; MARQUÉS DE LOZOYA, 1931, p. 258; PÉREZ DE URBEL, J. y RUIZ ZORRILLA, A., 1946; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 677, 679; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 740-741; RUIZ MONTEJO, I., 1980; RUIZ MONTEJO, I., 1988, pp. 21-28, 114-115; SÁEZ, E., 1956, doc. 13; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, pp. 104-105; SERRANO FATIGATI, E., 1900a, pp. 28, 29-34; TARACENA AGUIRRE, B., 1933, pp. 5-6; TORRES BALBÁS, L., 1949, p. 249; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 6, 140, 141; ZAMORA CANELLADA, A., 1991, p. 369.

Iglesia de Santa María o Nuestra Señora de la Peña

EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA, patrona de la Villa y Tierra de Sepúlveda, se sitúa en el extremo septentrional de la villa, junto a una de las hoces del Duratón. La primera mención a la iglesia, bien que indirecta, la encontramos en el testamento de Hugo, arcipreste de Sepúlveda –ca. 1120–, en el que firma como testigo un *Dominicus Dolquit de Sancte Marie*. Aparece también en el reparto de rentas capitulares de 1247 y sólo citada en la visita pastoral de 1446. Perdió el templo su categoría parroquial en 1868, convirtiéndose en Santuario de la Virgen de la Peña, el de mayor devoción de la zona norte de la provincia. *Rara avis* dentro del patrimonio eclesiástico de nuestra comunidad, la iglesia permanece habitualmente abierta, siendo numerosos los fieles que acuden cada día para encomendarse a la Virgen. A su fe debemos el acceso franco, y a ella, por respeto, deberemos adecuar nuestra visita.

Es junto a la de El Salvador, la más notable construcción románica de la Villa, levantada en sus diversas fases en espléndida sillería y relativamente bien conservada hasta nuestros días pese a los añadidos, reformas y restauraciones. En sus muros y relieves, además, puede seguirse prácticamente la evolución del estilo en Sepúlveda, distinguiendo nosotros hasta cinco fases constructivas románicas en el edificio, que abarcan desde las primeras décadas del siglo XII hasta bien entrado el siguiente. Y pese a ello, el templo consigue guardar una cierta unidad de estilo, sólo empañada por las adiciones modernas y notables reformas del atrio.

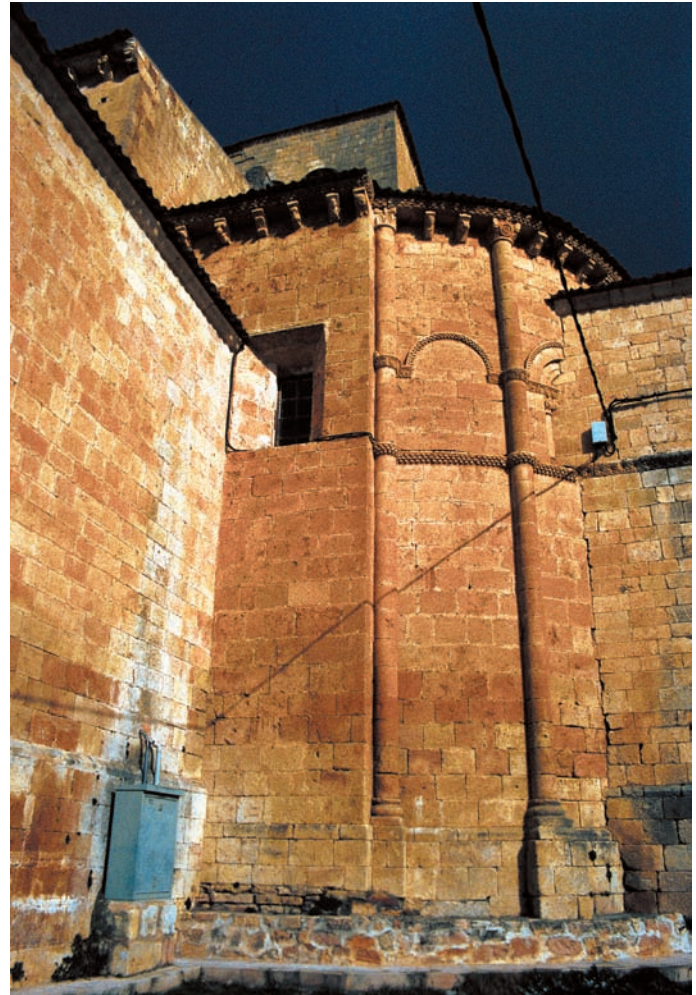
Repite en planta el modelo de El Salvador, fielmente en la cabecera salvo que aquí se proporciona la longitud del presbiterio, imponente torre situada al norte y tramo oriental de los cuatro que componen la nave, que cronológica y estilísticamente encuadramos en una primera cam-

Exterior del Santuario





La iglesia desde el este



Cabecera

paña dentro de las primeras décadas de la duodécima centuria, contando con el límite *ante quem* aportado por la inscripción grabada sobre el vano abierto en la pilastra de la cara oriental de la torre, y que reza: hEC TVRRIS / CEPIT EDIFI/CARI SVB ERA MC / LXXX II / MAGISTER / hVIVIS TVR/RIS FVIT DOMINICVS / IVLIANI QVI FVIT / DE S(AN)C(T)O STEFANO, o sea, "Esta torre comenzó a edificarse en la era 1182 (año 1144). El maestro de esta torre fue Julián, que era de San Esteban". Son muchas las elucubraciones a las que ha dado lugar el texto, llegándose incluso a identificar a éste maestro *Dominicus Iuliani* con el autor del pórtico de El Salvador (PÉREZ DE URBEL, J. y RUIZ ZORRILLA, A., 1946, p. 176). De lo que no deja lugar a dudas el texto es que la construcción de la torre se inicia en el entorno de la fecha aportada, y por lógica constructiva y funcional debemos pensar que para entonces la cabecera estaría ya concluida, hecho que parece acorde con lo conservado. Digamos antes de pasar a su análisis que posee el templo una cripta abovedada bajo la

Inscripción de la torre





Alero del ábside

Capitel del presbiterio



Capitel del arco triunfal



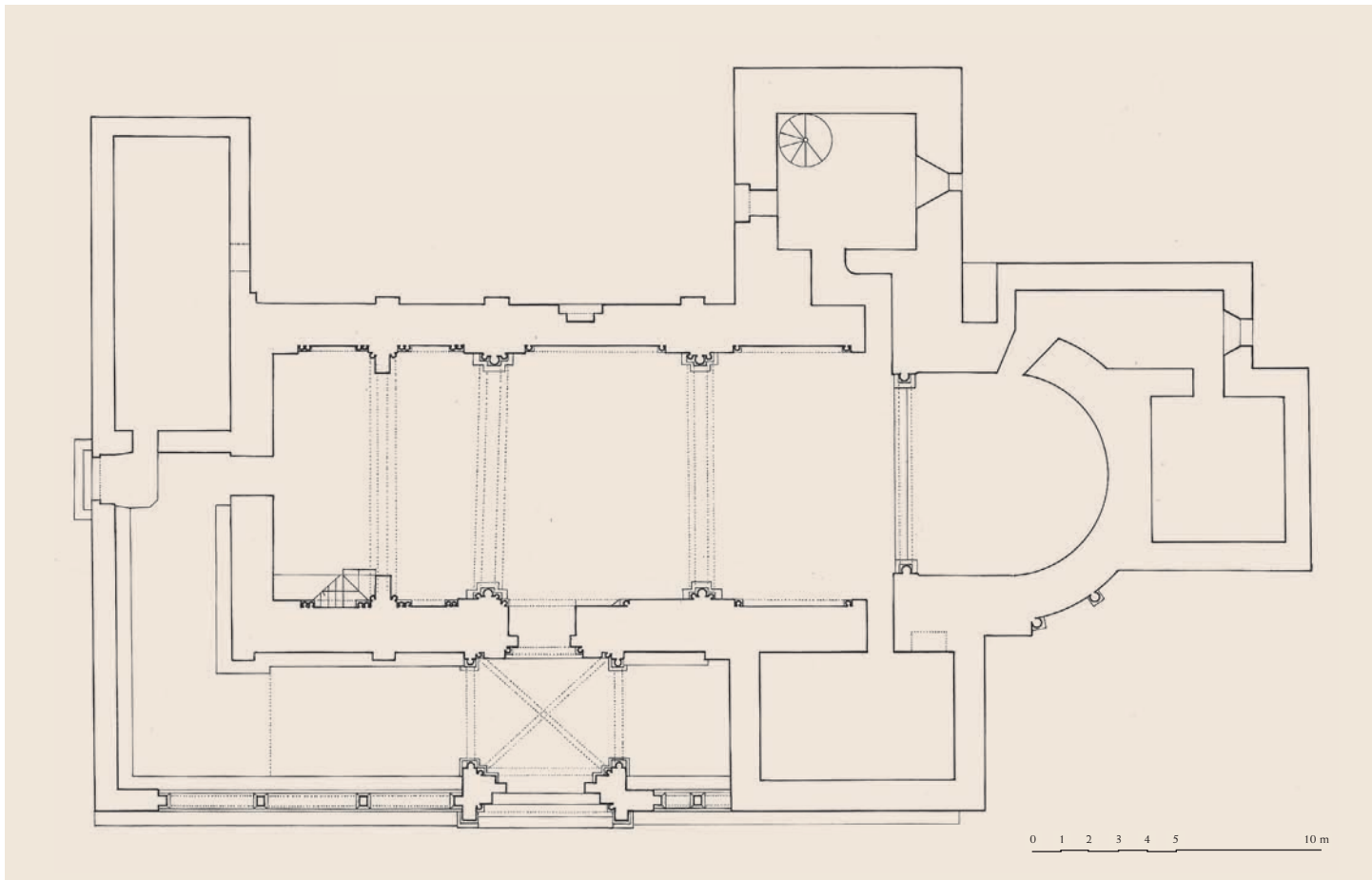


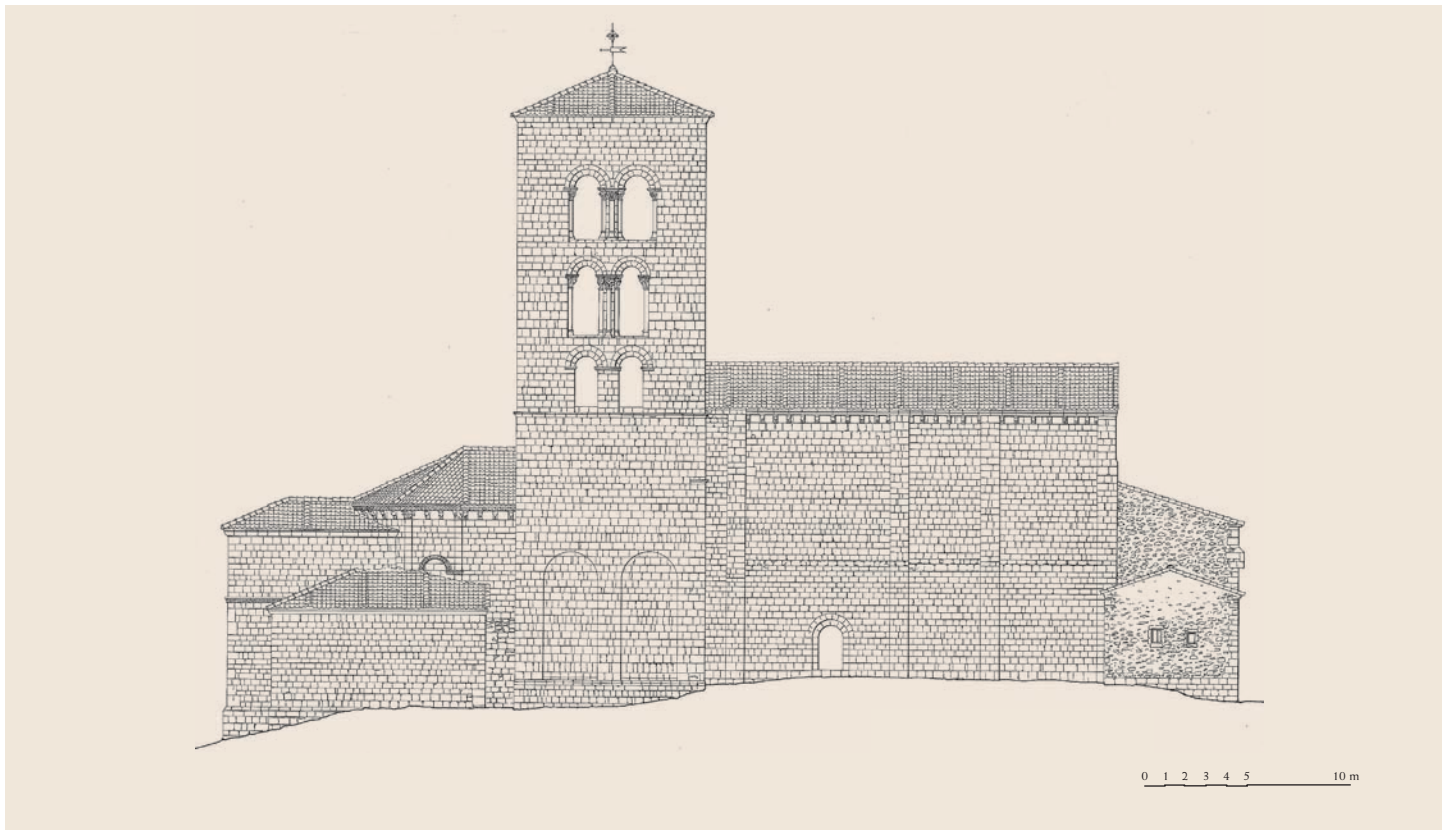
Alzado este



Sección transversal

Planta





Alzado norte

Alzado sur



cabecera, de imposible acceso hoy por similares motivos a los de El Salvador, siendo visible la saetera que le daba luz sobre el zócalo del ábside, englobado en el piso inferior del camarín de la Virgen. Pese a la moderna adición de tal camarín barroco de la Virgen –obra de fines del siglo XVII– y la sacristía que lo recubren, el ábside denuncia sus débitos respecto al de El Salvador, alzándose sobre un basamento y articulándose el tambor en cinco calles delimitadas por seis columnas entregas cuyos capiteles alcanzan la cornisa, de las que las extremas se emplazan en el codillo del presbiterio. En los tres paños centrales se abrían ventanas, sólo parcialmente visibles la meridional y la norte, y bajo ellas corre una línea de imposta ornada con triple hilera de taqueado que invade las semicolumnas. Otra imposta continúa la línea de los cimacios de los capiteles de dichas ventanas, invadiendo asimismo las columnas entregas y aquí decorándose con sucesión de geometrizadas lisas entre zarcillos y hojitas –motivo que ya vimos en San Bartolomé–, dibujando en los breves paños extremos, como en su modelo, arcos abilletados a modo de chambranas que remedan las reales. Los arcos de las ventanas son doblados, el externo liso y el interior abocelado, sobre columnas acodilladas de capiteles con rudas abstracciones vegetales. Tosca ejecución denotan también las cestas de las columnas entregas y los canes que sostienen la abilletada cornisa; en los primeros vemos hojas lanceoladas de nervio central bajo piñas y volutas; sigue una curiosa cesta con dos mascarones humanos en los ángulos de cuyas bocas brotan tallos ornados con contario que dan lugar, en los frentes del capitel, a una especie de rodetes en los que se dispone un florón, composición que tuvo cierto éxito en las iglesias alledañas, repitiéndose en un capitel suelto de Bercimuel, otros del arco triunfal de la ermita de El Olmillo y uno de la portada de Urueñas. Otro capitel muestra una corona inferior de hojas estriadas y superior de hojas afalcatadas entrecruzadas, no muy distante de otra cesta de la cabecera de San Justo, mientras que el del codillo norte está destrozado. La unidad constructiva se mantiene en lo decorativo en los canes del presbiterio y hemiciclo, que con seco estilo se ornan con hojas avolutadas, algunas acogiendo pomas, un portador de barrilillo, otro personaje bebiendo de un tonel, una bailarina contorsionista y un juglar tocando el rabel, una máscara monstruosa andrógafa, un personaje ataviado con manto de pliegues paralelos apoyado en un bastón en “tau”, bayas, hojas escalonadas, una máscara cornuda sacando la lengua, escaques, etc.

La cabecera se cubre con bóveda de cañón el presbiterio y cascarón en el ábside, y aparece separada de la nave por una reja, recubriéndose sus muros con retablos barrocos. Tras los del presbiterio se adivina la articulación de



Vista interior

éste con dobles arquerías ciegas sobre columnas, cuyos capiteles visibles se ornan, uno, con parejas de sirenas de doble cola que alzan con sus manos, y el otro con arpías en posición frontal con largas cabelleras partidas y alas explayadas, éstas muy similares a las de la portada occidental de Duratón, otras de San Miguel de Fuentidueña, o incluso de la ermita del Tormejón de Armuña y la portada de Santo Tomás de Segovia. Su estilo, más cuidado y evolucionado, responde a mano distinta que la vista en el exterior, por lo que pudieran haber sido añadidos posteriormente.

El arco triunfal que da paso a la cabecera es de medio punto, doblado hacia la nave con bocel y chambrana abilletada. Apea en columnas entregas coronadas por capiteles decorados, el del lado del evangelio, con una pareja de aves que entrecruzan sus largos cuellos picándose sus propias patas, según esquema de probable progenie aragonesa que encontramos en numerosas iglesias segovianas: triunfales de Sotillo, Becerril, Castiltierra, interior de San



Detalle de la torre

Miguel de Fuentidueña, Fuentesoto y Santa María de la Sierra, pila de San Juan de Orejana, portada de Santa María de Ayllón, etc. El capitel del lado del evangelio acoge una probable representación de Daniel en el foso de los leones. Su seco estilo mantiene estas cestas en la órbita de la primera campaña constructiva, que podemos datar entre la segunda y cuarta década del siglo XII.

Las obras debieron sufrir una momentánea paralización, siendo bien netas las rupturas de hiladas en los muros de la nave junto a los codillos que los articulan con la cabecera. Su reanudación debe rondar las fechas aportadas por la inscripción de la torre (1144), momento en el que se levanta su imponente estructura, la más destacada de todo el románico sepulvedano. Separada del cuerpo del templo como las de San Miguel de San Esteban de Gormaz y El Salvador, consta de dos pisos bajos, el inferior abovedado y animado por arquerías ciegas sobre pilastras —modelo copiado luego en Sotillo—, abriéndose en la cara oriental dos ventanas para iluminarlos. La baja, sobre la que se dis-

puso la inscripción, es muy simple, mientras que en la otra rodea a la saetera un arco de medio punto de arista abile-tada sobre columnas con capiteles ornados con una pareja de aves de cuellos violentamente entrelazados volviendo sus picos contra sí mismas, y el otro con leones afrontados que comparten cabeza. Sobre estos pisos bajos que hacen de basamento se alzan los tres superiores de campanas, retranqueados y mediando una imposta de nacela, a razón de dos arcos de medio punto doblados por cara. Los del primer piso son lisos, evidenciando la extrema potencia del muro, mientras que en los superiores se disponen columnas bajo los arcos internos y en las caras exteriores, ornadas con rudos capiteles vegetales de carnosos helechos, hojas lisas con pomos o brotes y —en la cara sur— dos híbridos afrontados de aire maligno y cuerpo escamado mor-diéndose la cola, bajo cimacios de taqueado y celdillas. La comunicación entre la torre y la iglesia se muestra hoy muy modificada, existiendo un acceso desde el exterior a través de una muy desgastada portadita dispuesta en la cara occidental, de arco de medio punto doblado. El ángulo suroccidental de la torre muestra signos de su reconstrucción tras los destrozos ocasionados por un rayo en 1721, cubriéndose el piso superior —al que no pudimos acceder— con una bóveda esquifada.

El cuerpo de la nave, notablemente más alta que la cabecera lo que permitía su iluminación por encima de ésta a través de una ventana de arco en mitra sobre el triunfal, revela en las huellas de sus muros al menos tres momentos, que explican tanto las rupturas de hiladas como las irregularidades de sus cuatro tramos y la compleja adaptación de la portada meridional al tercero de ellos. Todos, sin embargo, articulan sus muros con grandes arcos ciegos abocelados y doblados, sobre columnas con capiteles de hojas lisas con pomos, entrelazos de cestería y cimacios con idéntico motivo. Dos impostas recorren los muros, una continuando los cimacios de tales capiteles que invade los haces de columnas y la superior, de nacela, dando paso a la bóveda de cañón que cubre la nave, ésta reforzada por fajones doblados sobre haces de tres columnas que al exterior se corresponden con estribos prismáticos que alcanzan la cornisa. Todo parece indicar que las obras avanzaron como es lógico hacia el oeste, pero con condicionantes de traza que se nos escapan y extendiéndose en demasía en el tiempo. Tales discontinuidades dejaron su huella en los muros y supusieron cambios en el equipo de escultores. A una tercera fase constructiva parecen responder el tercer y cuarto tramos de la nave —de similares proporciones—, mediando incluso en ella una nueva cesura, siendo notorias dos rupturas de hiladas y los correspondientes cosidos tanto en el muro norte como en



Capitel de un fajón de la nave. Combate de jinetes



Capiteles del interior

Tímpano





Detalle del Pantocrátor del tímpano



Ancianos del Apocalipsis de la portada

el sur, y ello en sus uniones con la cabecera y el segundo tramo y entre el tercero y el oriental. A esta fase parece corresponder la portadita hoy cegada abierta en el muro norte del tercer tramo.

Proseguiría la construcción, tras una nueva paralización o cambio de equipo, finalizando el cuerpo del templo con los dos tramos más orientales, donde la adaptación a la obra ya en pie determinó la notable irregularidad del segundo de ellos, trapezoidal. Quizás a esta fase, que sería la responsable del abovedamiento de la nave, o al menos su conclusión, podamos asignar la bella portada meridional del templo. Finalmente, en una nueva campaña se recubrió la fachada sur con un bello pórtico, sumamente alterado en época moderna (siglo XVI), y cuyo estilo y cronología parecen rondar los años centrales del siglo XIII. Su construcción supuso la modificación del tejazoz de la portada y parte del antecuerpo en el que se abre.

El apartado escultórico, con las precauciones que impone la reutilización de piezas, parece adaptarse al ritmo de cesuras avanzado. En los tramos orientales, los haces de columnas que recogen los fajones de la nave muestran, junto a cestas lisas o con entrelazos del tipo visto en las arquerías ciegas, un capitel con un combate de jinetes armados uno con rodela y el otro con escudo de cometa, ambos con yelmo y cota de malla, cruzando sus lanzas. En realidad, da la sensación de que esta pieza fue incorporada posteriormente, lo que explica las fracturas de las cestas laterales de entrelazos. Al mismo taller se corresponden sin duda los capiteles de las columnas que separan el segundo del tercer tramo, ornados los del muro norte con un Sansón desquijando al león, dos parejas de dragones afrontados y un muy desgastado combate de un infante con una bestia. En el muro sur vemos una pareja de arpías de cuerpo de reptil y cabezas con rostro de efebo, el combate de dos centauros sagitarios y dos bichas afrontadas de cuerpos de ave, colas



Bóveda del pórtico



Músicos en un capitel del pórtico

de reptil y cabezas felinas tocadas con capirote, en los dos casos bajo cimacios de palmetas. Su iconografía y bella factura, pese al salvaje repicado que casi acaba con el relieve, nos remite a las maneras de los mejores talleres tardorrománicos del área burgalesa, soriana y navarroaragonesa, lo que también podemos decir de otros casos segovianos como Sequera del Fresno, Grado del Pico o Alquité.

Por último, los capiteles de los haces que separan los dos tramos occidentales de la iglesia muestran un estilo bien distinto, más seco, decorándose con hojas nervadas de puntas vueltas bajo caulículos y otras lisas o grandes hojas de palma y helechos –similares por cierto a algunos de la torre– con tetrapétalas en clipeos, motivo que reciben también los cimacios. Bajo el coro, por último, son apenas visibles los capiteles dobles del haz de columnas de los esquinales, uno rasurado y el otro con grifos afrontados.

La cornisa de la nave nos deja ante una espléndida serie de canecillos de variadas facturas, en los que supone-

mos trabajaron los distintos talleres escultóricos. Ya ha sido publicada una completa relación de los temas representados (ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, pp. 135-139), por lo que destacaremos sólo algunos que ponen en relación la decoración de esta iglesia con las de Fuentidueña, Duratón y talleres más meridionales, caso de la serpiente sobre hoja partida, u otra enrollada, los acantos de profundas escotaduras, el ave agachando la cabeza, las bichas con capirote, la pareja de músico y bailarina, una pareja de damas abrazadas, bustos humanos en variadas actitudes, prótomos de animales, grifos, un ciervo, etc., en el muro sur. Los canes del muro norte, más desgastados, parecen obra de manos más inexpertas, y vemos en ellos prótomos de carneros, de grifos o monstruosos, en un caso devorando una presa, exhibicionistas, un centauro sagitario, un lector, un desgastado asno arpista, un demonio, una figura simiesca, pencas, rosetas idénticas a las de los cimacios de los haces del primer tramo de la nave, etc.

Mayor interés ofrece la espléndida portada meridional, abierta en un antecuerpo del tercer tramo de la nave y notablemente descentrada respecto al mismo, consta de dos arquivoltas y chambrana de nacela con un junquillo alrededor de un notable tímpano. Es probablemente la más elaborada y ambiciosa de todas las del románico segoviano, rematándose con un tejeroz en el que vemos uno de sus rasgos más característicos, como es la cornisa de arquillos "habitados" sobre canes entre los que se disponen metopas con florones, un grifo y otro híbrido, que volveremos a encontrar en Sotosalbos, San Juan de los Caballeros, San Millán o San Martín de la capital, y sintomáticamente en el pórtico occidental de San Vicente de Ávila. Aquí en los arquitos, trilobulados, se alojan personajes sosteniendo filacterias, arpías, una figura femenina sedente y velada, una probable Virgen coronada con el Niño, un anciano de largos cabellos y barbas apoyado en un bastón (¿San José?), un felino de aspecto amenazador y la lucha de dos infantes ataviados con cotas de malla. En los canes vemos a un centauro sagitario disparando su arco, un guerrero a caballo, Sansón desquijarando al león, dos figuras, una masculina y otra femenina sobre hojas y en actitud orante, otros dos personajes muy destrozados y otro más junto a un vegetal.

Cierra el arco un tímpano dispuesto sobre un ancho dintel, soportado por dos mochetas con dos bustos, uno masculino barbado y otro femenino con velo. En el centro de este dintel se representó un crismón flanqueado por una pareja de ángeles arrodillados, que lo señalan mientras asen las dos aspas de la X, de las que penden el alfa y una peculiar omega. A ambos lados de esta teofanía central vemos un personaje alanceando a un dragón, quizá un *milites Christi*, la Iglesia triunfante (Ruiz Montejó) o San Miguel como supone Poza Yagüe, que sí aparece en su forma angélica en el otro extremo, en una turbulenta *Psicostasis*, casi forcejeando con el demonio que arrastra uno de los platillos. En el tímpano propiamente dicho se representa una visión celestial, con el Pantocrátor bendicente inscrito en una curiosa mandorla de forma losange y rodeado por un Tetramorfos zoomórfico con el orden, en el sentido de las agujas del reloj: Marcos-Mateo-Juan-Lucas. Rodea esta visión de la Segunda Parusía un cortejo de seis ángeles portadores de filacterias, así como los veinticuatro Ancianos del Apocalipsis dispuestos en sentido radial en la arquivolta interior, con la *Dextera Domini* emergiendo de un fondo de ondas en la clave, marcando un teofánico eje axial en la portada. Los Ancianos, de canon chaparro y estereotipados plegados, portan como es tradicional redomas e instrumentos musicales. La arquivolta exterior se decora con un primoroso tallo trenzado

del que brotan finos acantos helicoidales, con puntos de trépano, remedando —bien que de lejos— soluciones borgoñonas importadas en San Vicente de Ávila. Iconográficamente se resumen aquí las ideas de la superación del pecado, el Juicio Final y la visión de la gloria, quizás con una alusión trinitaria según la reciente interpretación de Marta Poza. El origen de los asuntos de este tímpano ha sido puesto en relación por dicha autora con ejemplos de las Cinco Villas aragonesas y sobre con todo la portada septentrional de San Miguel de Estella, aunque su algo rudo estilo emanaría de un taller de segunda fila y probable formación local, vinculado como señala Ruiz Montejó a los de la Tierra de Segovia. En cuando a su cronología, existen divergencias en la historiografía, y aunque denota ciertos rasgos avanzados, no creemos sobrepase las últimas décadas del siglo XII.

Apean los arcos de la portada en jambas escalonadas —con un maltrecho entrelazo de cestería que nos recuerda al de la cornisa de San Bartolomé— en las que se aloja una pareja de columnas acodilladas, con capiteles en los que se representan el combate de dos parejas de púgiles ataviados con cotas de malla y dos arpías afrontadas de cuerpo reptiliforme volviendo sus cabezas, enredadas en tallos. Sus maltrechas basas, de toro inferior aplastado, se asientan sobre altos podios. Los cimacios de dichos capiteles, que se continúan como imposta por el antecuerpo, reciben fino tallo trenzado y ondulado acogiendo hojitas.

La última campaña románica de la iglesia, ya dentro de las primeras décadas del siglo XIII, planteó una galería porticada envolviendo las fachadas meridional y occidental de la nave, estructura radicalmente transformada en una reforma del siglo XVI, que sustituyó la mayoría de los arcos por los actuales escarzanos, y por la adición de la sacristía al oeste y la casa del santero en el ángulo sudoccidental del mismo. Restan, sin embargo, dos arcos del primitivo entre el cuerpo avanzado y la sacristía, de medio punto, doblados y sobre pilares cúbicos. Como en San Martín de Segovia, ante la portada se dispuso un nártex elevado respecto a la galería y cubierto con una bóveda de crucería, para el apeo de cuyos nervios y formeros se dispusieron haces de columnas contra la fachada, rompiendo las zonas altas del antecuerpo de la portada. Se muestra al exterior este atrio saliente con una amplia portada de arco de baquetonado de medio punto de rosca ornada con estilizaciones vegetales de seco tratamiento, al igual que las dos arquivoltas inmediatas que lo rodean, la exterior con rosetas, finalizando con una tercera de bocel entre medias cañas. En los capiteles de este atrio vemos músicos quizás tocando el *organistrum* acompañados de otra figura que sujeta su manto, la caridad de San Martín con un ángel portador de

filacteria tras el santo a caballo, Sansón desquijarando al león acompañado a ambos lados por sendas figuras masculina y femenina, la lucha de un infante con un león en presencia de un varón, quizás aludiendo al combate espiritual contra el pecado, rudas formas vegetales, etc. El seco tratamiento del relieve, espinoso en el caso de las palmetas de los cimacios, la presencia de flores de *arum*, etc., nos pone en relación a este taller final con realizaciones tardías del entorno de la capital, cuya labor se extiende dentro de las primeras décadas de la decimotercera centuria.

Texto y fotos: JMRRM - Planos: IFA

Bibliografía

AA.VV., 1979, pp. 45-46; AA.VV., 1987a, p. 101; ALCOLEA, S., 1958, pp. 166-168; ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996; BANGO TORVI-

SO, I. G., 1992, pp. 292-293; BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 166-167, 173-174; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 216, 219; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; CABELLO DODERO, F. J., 1928a, pp. 262-263; CAMPS CAZORLA, E., 1935 (1945), p. 155; CHUECA GOITIA, F., 1965 (2001), pp. 220-221; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 249-252; GARMA RAMÍREZ, D. de la, 1998, pp. 103-106; GÓMEZ-MORENO, M., 1934, p. 155; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 303; HERBOSA, V., 1999, pp. 16-17; HORCAJO MONTE DE ORIA, E., 1910; LAFORA, C. R., 1988, pp. 104-105; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1908-09 (1999), I, pp. 395, 516; LOBO IGLESIAS, E., 1991, pp. 63-70; LOBO IGLESIAS, E., 1995; MARQUÉS DE LOZOYA, 1931, pp. 257-258; MARQUÉS DE LOZOYA, 1953, pp. 9-10; MARQUÉS DE LOZOYA, 1961, pp. 155, 157; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 75, 118; PÉREZ DE URBEL, J. y RUIZ ZORRILLA, A., 1946, pp. 175-176; POZA YAGÜE, M., 2003; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 679-680; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 744-745; RUIZ MONTEJO, I., 1988, pp. 261-269; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, p. 105; SERRANO FATIGATI, E., 1900a, pp. 60-61; TARDÍO DOVAO, T., 1997, p. 37; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 6, 141.

Iglesia de los Santos Justo y Pastor

CERCA DE LA PUERTA DEL AZOGUE, llamada del Ecce Homo desde el siglo XIX, y frente al denominado por Martín, Tardío y Zamora como "Postiguillo Viejo", se sitúa esta interesante iglesia, en uno de los barrios más antiguos de la población, ya referido en el documento de donación por Alfonso VI al monasterio de Silos del priorato de San Frutos, donde actúan como testigos algunos de los primeros repobladores, y entre ellos *Sanctius Navarro et Dominico Lupo de Sancto Iusto*. Un *Paschalis presbiter de Sancto Iusto* aparece dando fe en el testamento del arcipreste sepulvedano don Hugo (ca. 1120), volviendo a encontrar referencia a *Sant Iuste* en el plan de distribución de rentas del cabildo segoviano de 1247. Se le anejó hacia 1800 la de San Sebastián, siendo suprimida poco después, y ya Madoz la cita como tal a mediados del siglo XIX. Aun así, Quadrado refiere que "San Justo es [de las parroquias suprimidas] la que más intacta permanece".

Este complejo edificio es el fruto de una sucesión de campañas constructivas, de las cuales al menos dos se inscriben en época románica, con notables transformaciones en los periodos bajomedieval y moderno, la última de las cuales –aparte las restauraciones– determinó en el siglo XVIII su actual y algo anodino aspecto exterior, que en ningún caso refleja tras sus fachadas la riqueza artística que atesora. Así lo resumía en 1900 Enrique Serrano cuando afirmaba que "bien poco es lo que anuncia aquí por el exterior las bellezas que se encuentran dentro", y es que las

sucesivas reformas de los siglos XV-XVI y XVIII nos acabaron privando de prácticamente todo el perímetro exterior de las naves, aleros, ventanas y portadas incluidas.

Describiremos en primer lugar el conjunto del edificio, para posteriormente pasar al análisis de la secuencia constructiva que, a nuestro entender, determinó su actual configuración. Se trata de una iglesia de tres naves hoy divididas en tres irregulares tramos, coronadas por cabecera también triple de capillas compuestas de tramo recto presbiterial y ábsides semicirculares, de los cuales se extradosan el central –alzado sobre una notabilísima cripta– y el de la nave del evangelio, inscribiéndose el meridional en el cuerpo de una recia torre. El templo se levantó en buena sillería, utilizando dos tipos de caliza local, una dorada en el muro norte de la nave del evangelio y el interior del ábside sur, y otra blanquecina con manchas ocre en la capilla mayor, ábside del evangelio y la cripta. Los gruesos muros de su torre se levantaron en calicanto, combinado con el ladrillo de los arcos cruceros de la bóveda del piso superior y los arcos de los vanos para campanas.

La cabecera concentra buena parte del interés del templo y no pocos de los enigmas que aún encierra. Un somero análisis de su planta ya revela una evidente disimetría en la traza de las tres capillas, con lo que nosotros entendemos como una adaptación de la iglesia a una estructura preexistente como es la torre, motivo por el que iniciaremos la descripción por su análisis. La torre repre-

senta un elemento anómalo y discordante planimétricamente respecto al resto de la iglesia. Retomando la argumentación de los autores del estudio de las murallas de la villa, para quienes "... la torre de San Justo (...) con toda probabilidad, ha de estar relacionada con las funciones de la muralla" (MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, p. 54), se abren dos posibilidades, por cierto no incompatibles: bien su anterioridad respecto a la iglesia, bien su adecuación a la cerca para realizar una doble función de torre defensiva y campanario. De ella decía Gómez-Moreno –relacionándola con la de El Salvador–, que era "quizás más antigua, está hecha de tapia, como obra morisca, y se cubre con otra bóveda igual de ladrillo". La reciente excavación en 1996, realizada por la empresa GROMA y de cuyo informe, consultado en el Servicio de Cultura de la Delegación de la Junta de Castilla y León en Segovia, extraemos los datos que siguen, detectó bajo el ábside meridional "la existencia de un cimiento escalonado de gran potencia, que debió plantearse para una construcción de notable altura, cuya relación

con la torre u otro tipo de construcción anterior se desconoce". Pensamos, tras observar dichos vestigios y con la prudencia que imponen las transformaciones para su posterior uso como osario, que tales cimientos corresponden a los propios de la estructura superior, perforados luego a nivel de la cripta. Al interior, la torre deja ver el sistema de construcción mediante tapias de encofrado, quedando las improntas de las tablas así como los mechinales de las vigas precisas para su aparejo, con maneras muy similares a las utilizadas en las torres de Santa María de Pedraza y San Millán de Segovia, solapando como en la de la capital los muros alternamente para facilitar la construcción y reforzar su estabilidad. Eleva la torre sus muros enfoscados al exterior sin abertura ninguna hasta el cuerpo –creemos añadido– de campanas, éste alzado en leve talud, con sillares reforzando los esquinales y en el que se abren parejas de irregulares troneras de latericios arcos de medio punto por lienzo. El acceso al campanario se realiza desde el presbiterio del ábside de la epístola a través de una escalera de caracol inscrita en un cuerpo de sillería añadido al sur

San Justo, a los pies de El Salvador





Exterior de la cabecera

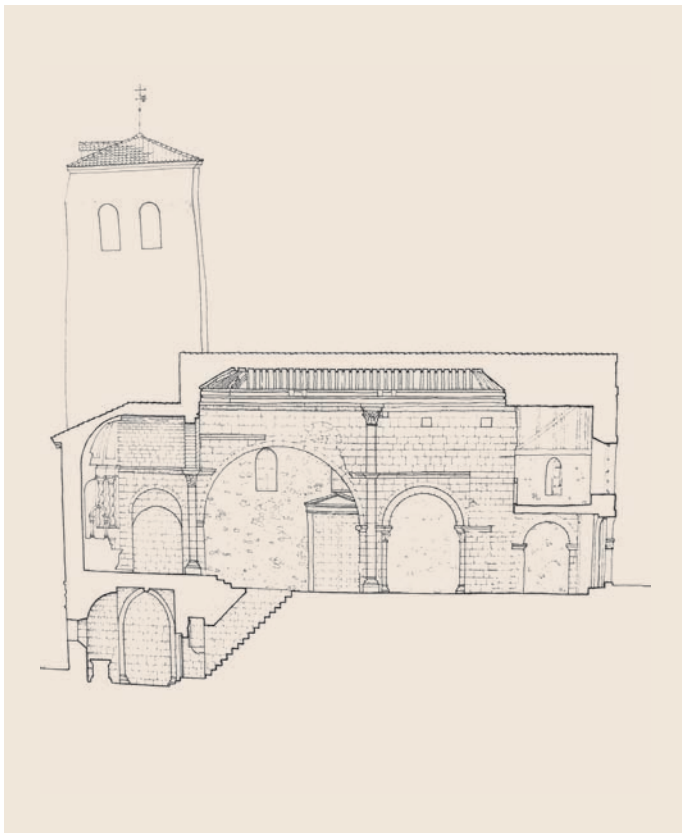
de la estructura y parcialmente extradosado de ésta, caracol que deja paso en el penúltimo piso ciego a un forjado de madera y una escalera del mismo material que permite ascender hasta el remate. Sobre el paso adintelado de la escalera de caracol se reutilizó modernamente una imposta con ajedrezado. Cúbrese el piso de campanas con una bóveda esquifada de cuatro paños realizada en encofrado de calicanto, con dos irregulares arcos entrecruzados de ladrillo que parten del centro de los muros y que manifiestan la peculiaridad, ya vista en la ermita del Barrio de Navares de las Cuevas, en San Millán de Segovia y en El Salvador de la misma Sepúlveda –además de en la Torre Vieja de la Catedral de Oviedo–, de que uno de los arcos es pasante y el otro entrego, careciendo de clave común. No creemos que se trate de una bóveda de crucería al uso, sino que ciertos detalles nos hacen pensar en sus arcos, más que como elementos decorativos que resultarían absurdos en un espacio oculto como éste, como auténticas cimbras para soportar el tablazón del encofrado de la



Ventana del ábside central

bóveda que, una vez fraguado, funcionaría como un bloque ajeno a los empujes de la plementería de una crucería tradicional. Avala esta idea la separación existente entre arcos y bóveda, ajustada al grosor de una tabla, y recordemos además que en las bóvedas de San Millán de Segovia o en las del primer tramo de las colaterales de San Miguel de Turégano parte de esta tablazón permanece aún sobre los arcos. No es éste el lugar –ni lo permitirían las premuras editoriales que se nos imponen– para ahondar en esta curiosa y muy efectiva solución, propia de alarifes quizás moriscos como intuía Gómez-Moreno. Sí pensamos que la construcción del cuerpo de campanas remata una estructura de torre anterior –a la que se adaptó la traza de la iglesia– y debe ser pues contemporáneo de la primera campaña románica de la iglesia.

La visión de la fachada oriental nos muestra el acusado desnivel que tuvieron que salvar los ábsides, nivelados con el cuerpo de las naves mediante una cripta a la que luego nos referiremos. La capilla mayor articula su tambor

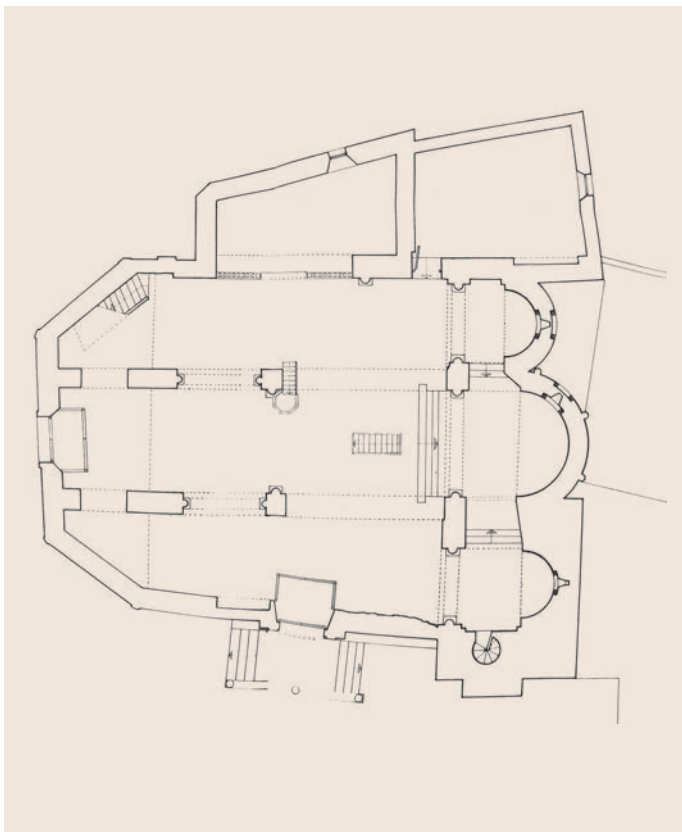


Sección longitudinal

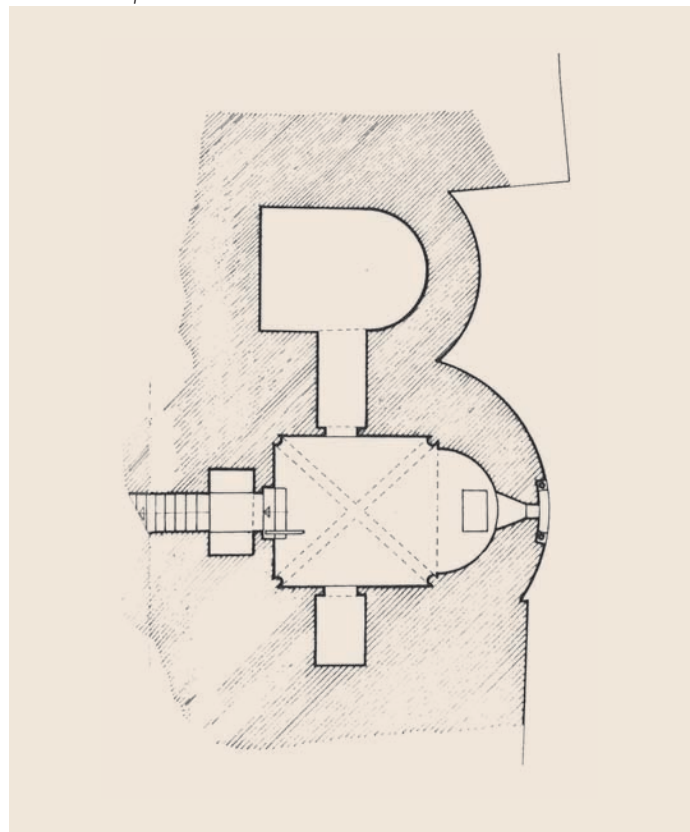


Sección transversal

Planta



Planta de la cripta





Detalle del sistema constructivo de la torre



Bóveda del piso alto de la torre

absidal con tres columnas entregas cuyos capiteles se integran en la línea de canes de la cornisa, llamando la atención que la semicolumna más septentrional se dispone prácticamente en la unión con el ábside del evangelio, debiendo librarla la cornisa de éste. En los paños central y norte se abrían sendas ventanas, hoy cegada la del eje y sólo visible la otra, que muestra su saetera de derrame al interior rodeada por un arco de medio punto liso, con chambrana de triple hilera de billetes, sobre una pareja de columnas acodilladas de canónicas basas áticas y sencillos capiteles vegetales de alargadas hojas cóncavas con pomas en las puntas, bajo cimacios de listel y chaflán uno y palmetas surgiendo de tallos el otro. Bajo la ventana central es visible el maltrecho arco que rodea la saetera que da luz a la capilla central de la cripta. Corona el muro del ábside mayor una cornisa con tetrafolias y perlas, sustentada por los canes y los capiteles de las semicolumnas. De éstos, uno recibe un piso de hojas carnosas de puntas rizadas bajo otro de hojas lisas con cabecitas monstruosas en las puntas, el más cercano a la torre muestra hojas afalcadas

entrecruzadas rematadas en volutas y piso alto de caulículos, y el más septentrional, casi oculto por el alero del ábside del evangelio, hojas cóncavas con pomas y un mascarón cornudo en el frente, relacionándose así con los capiteles de la nave. Los canecillos, de buena factura, reciben monstruos andrógagos de aspecto felino similares a otros de Fuentidueña, prótomos de animales, algunos rugientes, rollos y hojarasca. Sobre este ábside central es visible el muro de sillería del testero de la nave, viéndose claramente el recrecido de la cubierta actual —con un bello artesonado renaciente al interior— y la roza de la primitiva doble vertiente, algo más baja.

Al interior, la capilla mayor muestra su presbiterio ligeramente trapezoidal, armados sus muros por grandes arcos ciegos y cubierto con bóveda de cañón sobre impostas de cuatro filas de billetes. El hemiciclo aparece casi por completo recubierto por un retablo barroco, quedando visible el codillo, y suponemos se cubre con la tradicional bóveda de horno. Un arco triunfal doblado articula la capilla con la nave, alzándose sobre una pareja de colum-

Interior



nas entregas coronadas por magníficos capiteles historia-dos. El lado del evangelio recibe una Adoración de los Magos, con los tres reyes coronados avanzando hacia la Sagrada Familia portando sus presentes, los dos primeros de pie y el más próximo a ella realizando la tradicional genuflexión. La Virgen y Jesús, desgraciadamente mutilados, aparecen bajo un arco de medio punto en cuya enjuta es visible la estrella de Belén, y parece que María sujetaba al Niño tendiéndolo hacia los magos. En la cara que mira al altar, bajo otro arco de remate encastillado y separado por una columnilla, se encuentra la figura de San José, tocado con un bonete gallonado, con aire ausente y apoyando sus manos en un bastón "en tau". Sobre la parte superior de la cesta se grabó en bellos caracteres la inscripción: MELCHION : ET : CASPAR [¿A?]PVD IS...R : (¿T?)RES : [¿Æ?]TERNA :, y en la enjuta del arco bajo el que se dispone María: [O]FE/RE(N)/TES.

El capitel frontero está dedicado a narrar el martirio en Compluto de los santos titulares, los niños Justo y Pastor, a manos del prefecto Publio Daciano a principios del siglo IV, en el contexto de las persecuciones decretadas por Diocleciano. Comienza la lectura de izquierda a derecha por la cara que mira al altar, donde ante un guardia armado con lanza aparece sentado el prefecto, coronado como atributo de poder y él mismo portador de un venablo, dirigiendo con el gesto de su desproporcionada mano la ejecución de los hermanos. En el ángulo de la cesta una fragmentaria inscripción lo identifica: [DAC]IANVS. En el frente, un verdugo, atento a las órdenes del romano para decapitarlo, sujeta por la cabellera a San Justo –mediando entre ambos un objeto difícil de reconocer, probablemente la piedra que conservó las hendiduras de las rodillas de los mártires–, quien dirige su plegaria a lo alto, rezando con las manos unidas mientras recibe el consuelo de Pastor, quien lo ase por el brazo. Sobre San Justo corre una desdibujada inscripción que lo identifica: IVSTVS. San Pastor se dispone en el ángulo de la cesta, también con un letrero (PAST/OR), siendo cogido por la mano libre por un acólito que porta una especie de estandarte con la inscripción: IN DO/MINO : / CON/FIDO, esto es, "en el Señor confío". Esta figura podría hacer alusión al ángel que confortaba a los niños, aunque carece de atributos para que la identificación sea sólida. Una especie de columna debe aludir, como señala Ruiz Montejo, a la flagelación previa de los santos niños mártires complutenses. Un ciclo algo más completo lo encontramos en las pinturas murales de la cabecera de la iglesia a los santos dedicada en la capital. Ambos capiteles, obra de un mismo taller, repiten el canon chaparro, la simplificación de los plegados y la caracterización de los rostros de las figuras, de construcción algo



Interior de la nave del evangelio

cuadrada, labios de comisuras caídas, ojos de pupilas excavadas en el caso de la Epifanía y abultados en el del martirio, barbas de estereotipados mechones y grandes orejas. Estilísticamente lo relacionamos con el escultor del capitel de la *Visitatio Sepulchri* de San Miguel de Fuentidueña.

La capilla septentrional repite aproximadamente la estructura de la mayor, con una sola ventana en el eje y al exterior una semicolumna flanqueándola por el norte, el codillo del presbiterio y en el centro de éste otra anómala columna adosada, parcialmente oculta por el muro de la sacristía. La ventana muestra el esquema de la antes descrita, achaparrando algo su altura, con arco de medio punto, chambrana con cuatro filas de tacos y una pareja de columnas acodilladas cuyos capiteles manifiestan un estilo más evolucionado, ornándose el izquierdo con hojitas acogolladas, bayas y caulículos en tres pisos, y su compañero con tres mascarones felinos vomitando tallos que se entrecruzan y hojarasca; sus cimacios muestran hojas rizadas y tetrapétalas en clipeos con zarcillos. El alero que remata el muro



Capitel de la Epifanía

presenta cornisa de nacela con puntas de clavo y bolas sobre canes de proa de nave, rollos, un personajillo acucillado estirando desmesuradamente su boca con ambas manos, hojas lisas, rizadas o con brotes, etc., rematándose la semicolumna con una cesta de hojas lisas y sobre ellas otras rizadas. Bajo la restaurada cornisa del presbiterio –se grabó en ella un 96 en alusión a las últimas obras, de 1996– los canes muestran un cuadrúpedo rampante, un prótomo felino sacando la lengua y, tras el capitel vegetal de la semicolumna, un fracturado personaje nimbado, vestido con ropas talaras, portando un libro en su mano izquierda y alzando la diestra mostrando la palma. Completan la serie otro prótomo y un can de rollos. En general, al exterior, podemos observar una cierta evolución en la decoración respecto a la capilla mayor, impresión acrecentada al interior, lo que hace pensar en una campaña distinta aunque no excesivamente alejada en el tiempo, hecho que explicaría el algo anómalo encuentro entre ambos ábsides.

Pese a todo, interiormente, la capilla del evangelio guarda una correcta proporción con la mayor. Se alza

sobre un banco corrido abocelado y consta de breve presbiterio abovedado con medio cañón sobre imposta de triple fila de billetes, corrida por el hemiciclo, y articula también sus muros con arcos ciegos de medio punto, restaurado el meridional. A él se acodilla el ábside, cerrado con bóveda de horno y en cuyo paño meridional se abrió una credencia de arquiteo de medio punto. En el eje se dispone la ventana, que repite la estructura descrita al exterior, decorándose sus capiteles con sendas dobles parejas de aves opuestas que vuelven su cuellos para picotear cálices florales y granas, bajo cimacios de entrelazo de cestería y tallos con hojarasca. Da paso a éste ábside un arco triunfal de medio punto doblado hacia la nave, que apea en columnas entregas coronadas por una pareja de espléndidos capiteles figurados. El del lado del evangelio recibe una mutilada pareja de leones de rizada melena, afrontados agachando sus cabezas, dispuestos entre un follaje que les enreda; su cimacio muestra un tallo ondulante con hojitas, que debía continuarse como imposta por la nave. El capitel frontero, de temática infernal, se decora con un



Capitel del martirio de los Santos Justo y Pastor



Detalle de un capitel de la capilla norte

trío de demonios enredados en maraña vegetal, los laterales cornudos, de rasgos simiescos, estirando desmesuradamente sus lenguas, mientras que en el cimacio vemos tallos ondulantes acogiendo hojitas acogolladas que brotan de las fauces de un mascarón demoníaco central.

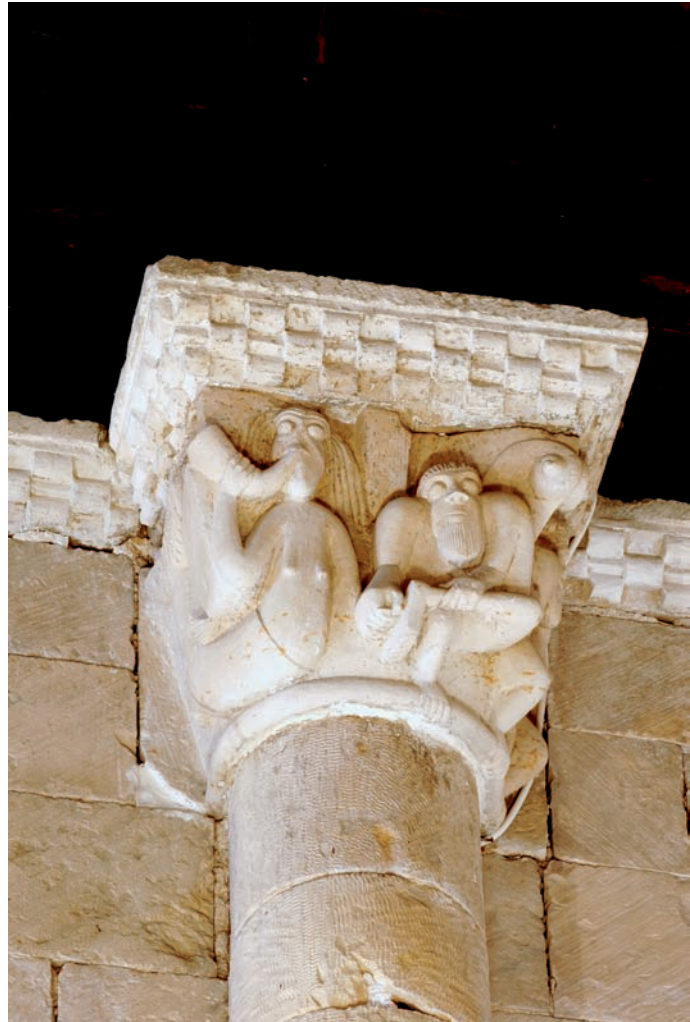
Sobre el arco triunfal de esta capilla norte se observa la roza de la sillería que marcaba la vertiente de la primitiva cubierta, hoy sobreelevada. Las hiladas se siguen perfectamente hasta más o menos la mitad del tramo oriental de la colateral —sobre la puerta que da acceso a la sacristía—, donde es bien notoria una ruptura de hiladas y un cambio en el material. En efecto, la nave a partir de aquí sustituye la blanzuca caliza con pintas ocre por otra más rosada. También observamos discontinuidad en el engarce de esta capilla norte con la mayor, donde hubo de añadirse un esquinial, quedando además la basa de la semicolumna que recibía el formero románico, eliminado en época bajomedieval al unificarse los dos tramos más orientales en

uno solo, volteando sendos formeros de medio punto que abarcan el primitivo espacio de ambos. Dicha basa muestra perfil ático, con fino toro superior sogueado como el bajo, escocia y amplio toro inferior con garras que son cabecitas de felino; sobre ella quedan restos de dos tambores de la columna, las rozas de los desaparecidos e incluso el arranque del formero suprimido.

Describamos ahora el interior de la capilla meridional, inscrita en el cuerpo bajo de la torre y que, a tenor de la planimetría a la que hemos tenido acceso, no extradosa su hemicyclo. La distribución interior es similar a las otras, alzándose sobre banco corrido de fábrica de arista abocelada, con presbiterio abovedado con cañón recubierto de yeserías barrocas y arcos ciegos en los muros laterales —sólo original el meridional, que alberga el acceso a la torre—, y bóveda de horno cubriendo el hemicyclo, sobre imposta de tetrapétalas en cípeos. En el eje se abre una ventana en torno a una saetera abocinada al interior, con



Capitel de la capilla meridional, decorado con arpías



Capitel de la nave. Sirena y espinario

arco doblado de medio punto, chambrana de triple hilera de billetes y columnas acodilladas de basas áticas y cimacios de flores de cuatro pétalos en clípeos. Sus capiteles muestran, respectivamente, dos parejas de aves opuestas volviendo sus cuellos picando granas, y un presunto Sansón, personaje desquijarando a un león, afrontado a otro que cabalga otra fiera alzando una maza. Le da paso desde la nave un arco triunfal doblado sobre columnas entregas coronadas, bajo cimacios de rosetas, por dos espléndidas cestas que relacionan a sus escultores con el foco del Duratón; en una de ellas se afronta una pareja de leones y en la otra se oponen dos arpías entre tallos y pámpanos. Para la construcción de este ábside lateral se utilizó la caliza de tonos ocres similar a la que veremos en el muro de la nave del evangelio.

Bajo la cabecera, para ser precisos bajo la capilla mayor y el ábside del evangelio, se dispuso una excepcional cripta que repite la estructura superior, al menos en

planta, y determina la ligera sobre elevación de la capilla mayor respecto a la cota de la nave. Espléndidamente aparejada, se desciende a ella desde el tramo oriental de la nave central a través de unas escaleras –en su día parcialmente cubiertas por una bóveda de la que restan los arranques– que dan paso a un acceso de arco de medio punto, moldurado con dos bocelos entre medias cañas y exornado con cenefa de carnosas tetrapétalas inscritas en clípeos, rodeándose por otro arco de siete lóbulos que muestra un magnífico despiece y engatillamiento de sus sillares. El arco polilobulado, bien que sea plausible se relacione con otros del valle del Duratón como sugiere Ruiz Montejo, a nosotros nos trae al recuerdo más los del exterior de la cabecera y altos sobre la fachada de Platerías de la catedral de Santiago de Compostela, e incluso los del crucero de San Isidoro de León.

La cripta, que muestra tramos rectos abovedados con cañón y horno en los hemicícllos, comunica el espacio bajo

la capilla mayor con el del norte mediante un pasillo abovedado de 2,15 m de longitud. Las proporciones del espacio mayor, que posee su mesa de altar y su saetera con iluminación directa, son de 3,55 m de lado el tramo recto y 3 m de diámetro el hemiciclo. Resulta sumamente curioso que el primero, como dijimos cubierto por bóveda de cañón, recibiese con posterioridad cuatro columnas en los ángulos sobre las que voltean –sin mediar capitel– dos arcos crucesos de perfecta traza pero que, lógicamente, no llegan a conectar con la sillería del medio cañón de la bóveda, quedando exentos en buena parte de su recorrido. Su función, meramente ornamental, parece responder a un deseo de “modernizar” la estancia o, simplemente, a un alarde de su autor, en cualquier caso un notable cantero. La capilla central de la cripta y la del norte eran practicables, quizá destinadas al culto de probables reliquias de las que, sin embargo, no hay constancia. Hacia el sur, esto es, bajo la torre, se practicó un pasaje similar al del enfrente, aunque no debieron atreverse a completar la simetría de la estructura subterránea, suponemos que por miedo a debilitar la cimentación del campanario, pues el pasillo rompe el calicanto de la misma, dando acceso a un osario. Junto a la entrada de éste se observa el exterior del hemiciclo de la capilla central de la cripta, con vestigios de un banco corrido de sillería de arista abocelada, sobre el que apoya un muro de encofrado.

La capilla lateral, bajo el ábside norte, posee también su saetera abocinada que le da luz. En su interior se conserva parte del alero primitivo de la iglesia, con la cornisa que decora su bisel con tetrapétalas en clípeos y las cobijas con florones y algunos canecillos, especialmente interesantes por constituir el testimonio de la actividad en Sepúlveda de un taller formado en el foco de Fuentidueña, cuya huella se deja sentir también en otras iglesias como la de Duratón, expandiéndose por algunas de los valles cercanos. Vemos así un canecillo con entrelazo de cestería, un fracturado personaje, quizás exhibicionista, otra descabezada figura que con ambas manos ase el grueso manto o capa de pliegues aplastados y oblicuos terminados en zigzag, al modo visto en las iglesias de Fuentidueña y que volveremos a encontrar en varias de la capital, y por último, otra figura sedente. Es lástima que ambas estén descabezadas, aunque en la sacristía se conserva una desgastada cabecita, probablemente procedente de un can o capitel desaparecido, cuyo rostro redondeado, con ojos abultados y el rictus de su boca, de labios de comisuras caídas, nos remite a los modelos propuestos, próximos también a las figuras del atrio de Santa María de la Peña. Su estilo tampoco se distancia mucho del de los capiteles del arco triunfal de la capilla mayor. Con casi total seguridad, dada la afinidad estilística, pensamos que del primitivo alero de San Justo proceden los canes y cornisa hoy



Capitel de uno de los formeros

reutilizados en un muro lateral del castillo que preside uno de los laterales de la plaza mayor de la villa, donde se trasladarían durante las reformas dieciochescas que eliminaron las fachadas sur y oeste de la iglesia. La cornisa es idéntica, con florones en las cobijas, y en los canes se repite parte del repertorio que vimos en la nave de Duratón, como allí señalamos con directa relación con las realizaciones de San Miguel y San Martín de Fuentidueña: entrelazos de cestería, tres peces, un personajillo de tobillos enmaromados que ase con sus manos, una sirena de larga cabellera alzando su cola, una penca, un músico tocando la viola con arco, un exhibicionista, un águila bicéfala, etc. En el castillo se conservan además tres metopas ornadas con florones, y otras quince aparecen desperdigadas por el interior de San Justo.

También junto a los restos del alero almacenados en la cripta se conserva un cimacio ornado con bolas y flores de cuatro pétalos, así como un capitel de ventana decorado con una figura acuclillada asiendo con sus garras y pies el collarino, de pose y aspecto simiescos, cornudo y de lengua



Acceso a la cripta

Interior de la cripta



Relieve con un obispo, en la cripta





Vestigios del alero conservados en la cripta

barba trenzada, cuyo estilo nos lo aproxima a los capiteles de la nave y a los del pórtico de El Salvador. Quizás proceda de una de las suprimidas ventanas de la nave.

A ambos lados de la mesa de altar románica, paralelepípedo de fábrica de 114 cm de ancho por 106 cm de altura y 81 cm de fondo, se conservan dos relieves de notables dimensiones, representando uno a un prelado y el otro la Virgen con el Niño. El primero, de 157 cm de altura por 55 de anchura y 33 cm de fondo, nos muestra a un obispo mitrado, con los brazos doblados y alzados portando un libro y suponemos que bendiciendo con la perdida diestra. Viste ricas ropas talaras con brocados, recorridas por arbitrarios plegados paralelos, en coma y en tubo de órgano en los laterales, que dotan a la figura de cierto dinamismo. Pese a todo, su factura muestra inferior calidad al apóstol de Santiago de la misma Sepúlveda, aproximándose más a la expatriada figura del San Martín de la cabecera de la iglesia homónima de Fuentidueña. Por su parte, la Virgen, con rasgos dulcificados que anuncian de modo explícito la nueva estética gótica, mide 141 cm de altura por 43 cm de ancho

y 38 de profundidad, y tanto su rostro como los plegados de su manto nos llevan a datarla ya bien entrado el siglo XIII. Aparece sentada, tocada con velo y corona y nimbada, con el Niño en su rodilla izquierda girado y en comunicación con su madre, sosteniendo el Libro e imaginamos que bendiciendo con su perdida diestra. María debía portar una flor o fruto, hoy también desaparecido. Respecto a la ubicación original de estas figuras poco podemos decir salvo que están preparadas para encastrar en un muro, quizás de la primitiva fachada o –si pensamos en la cabecera de Santiago de Turégano– incluso del interior del ábside.

Nos resta por hacer referencia a las naves, que si bien presentan hoy tres tramos, como parece era su distribución original, éstos no se corresponden con los primitivos. Una reforma bajomedieval, quizás de mediados del siglo XV y contemporánea de la apertura al norte de la nave del evangelio de la capilla funeraria de los González de Sepúlveda –dos de cuyas lápidas se encuentran hoy en la cripta–, unificó los dos tramos orientales de la nave con un solo formero, eliminando dos de los primitivos, de los que quedan ves-



Alero de San Justo, hoy en el castillo

tigos, así como de la semicolumna alineada a ellos en la nave norte. Posteriormente, ya en el siglo XVIII, se derribó el hastial occidental añadiendo un nuevo tramo a los pies de las tres naves y un coro elevado. En origen, distribuían los tres tramos de las naves dos parejas de pilares cúbicos con columnas entregas en los frentes para soportar formeros y fajones. La nave central, en alzado, se articulaba en tres niveles mediante impostas: una de listel y bisel a la altura de los cimacios de los formeros que no invade las semicolumnas de los fajones, otra sobre los formeros, que sí corre sobre las citadas semicolumnas, y una tercera sobre la que partía la bóveda que –si llegó a voltearse– cubría la nave central, con triple hilera de billetes. Entre estas dos últimas, en el tramo central de ambos muros, se abrían dos ventanas de las que restan los arcos y las cegadas saeteras, hecho que plantea la iluminación directa de la nave y no pocos interrogantes. En efecto, si observamos con detenimiento los arcos formeros que comunican las tres naves nos llamará la atención el torpe encaje de los sillares del muro volado sobre ellos frente a la perfección del trabajo de cantería tanto de los arcos

como del resto de las fábricas. Da la sensación así de que estos arcos fueron abiertos sobre un muro ya construido, que correspondería a una iglesia precedente, de nave única luego ampliada con dos colaterales. Ello explicaría la presencia de las ventanas en la nave, que ya se cerrasen las colaterales con bóveda como parece o con madera a un agua serían igualmente condenadas al ampliar la iglesia, y también la discontinuidad en el muro visible en el engarce del cuerpo de la nave central con el muro volado sobre la capilla del evangelio. El argumento cuenta, sin embargo, con no pocos elementos en contra, como lo angosto de la estructura y la identidad de estilo entre los rudos capiteles de los fajones de la nave central y los de los formeros, ambos vinculados al taller que trabajó en el pórtico de El Salvador. Los primeros reciben una sirena femenina tocando el olifante acompañada por un espinario y un personaje simiesco acuclillado asiendo con sus manos las maromas que aprisionan sus tobillos; en el frontero del lado sur se dispone otro personaje barbado, igualmente acuclillado, asiendo con pies y manos el astrágalo, entre hojas lisas picudas y cóncavas con

bolas, iconografía que vimos con tratamiento similar en la cesta de la columna entrega del exterior del tramo recto de la capilla septentrional, recordando las hojas cóncavas con pomas las de los capiteles de la ventana del ábside central. En los formeros, los capiteles muestran variaciones de penca y hojas cóncavas, algunas sogueadas, junto a figuras simiescas acuclilladas y cornudas que vomitan tallos. No entendemos la pretendida modernidad que atribuyen a estos capiteles parte de los autores que se han ocupado de la iglesia, pues su estilo parece más antiguo que arcaizante, en cualquier caso más propio del siglo XII que de los finales del XIII o incluso principios del siguiente que les asigna Ruiz Montejo. Además, como vimos, al menos los capiteles de la ventana absidal y uno de los del alero guardan estrecha relación con los de la nave.

La hipótesis de secuencia constructiva que cuenta con mejores argumentos –aunque deja sin explicación a las ventanas de la nave central–, nos habla de un edificio proyectado junto a una torre entendemos que anterior al templo y adaptada como campanario al asociarse éste, dotado de triple nave y cabecera alzada sobre una cripta que salva el acusado desnivel, al estilo de la cercana iglesia de El Salvador o de San Vicente de Ávila. En su decoración intervendrían dos talleres escultóricos, uno imbuido de las maneras del foco de Fuentidueña en la capilla mayor y el otro, más barroco y cercano a los talleres del Duratón y la Tierra de Segovia (valle del Pirón), responsable de la decoración de los ábsides laterales. Tras una cesura en la construcción, las naves serían concluidas por un taller más local, quizás el mismo que trabajó en el pórtico de El Salvador. Cabe la posibilidad, además, que parte de la estructura de la nave central esté aprovechando los muros de una iglesia anterior. Sea como fuere, sólo el interés del edificio rivaliza con su complejidad, resultando su comprensión difícil en la contemplación directa y por ello realmente intrincada la descripción.

Anotemos finalmente la existencia de unas pinturas murales, descubiertas en 1982 al eliminar las yeserías barrocas que cubrían el ábside de la epístola, que junto con el

fragmentario vestigio de la nave alta de Santiago constituyen los únicos testimonios pictóricos en el románico sepulvedano, aunque quizás en este caso debamos hablar ya de un primer gótico o de un gótico lineal. Acertamos a distinguir los trazos negros y ocres que dibujan a un personaje tonsurado bajo una forma arquitectónica encastillada bendiciendo a otro, también tonsurado y barbado, que junta sus manos en gesto de oración ante él. Tras esta figura, quizás arrodillada, otra parece tirar de una soga enganchada a una polea. Quizás estemos ante una escena de martirio.

El proceso de recuperación del edificio, iniciado en 1979, discurrió lento y con grandes cesuras, aunque afortunadamente un nuevo proyecto de rehabilitación, realizado en 1995 por los arquitectos Mata Wagner y Villanueva Lázaro y un aún más reciente acuerdo, han permitido que en sus muros se instale un Museo de los Fueros que, confiemos, permitirá el mantenimiento y pervivencia de una de las iglesias más excepcionales –y de complicado estudio– del románico segoviano.

Texto y fotos: JMRM - Planos: MVPS y tomados de Mata Wagner y Villanueva Lázaro

Bibliografía

AA.VV. 1987a p. 101; ALCOLEA, S., 1958, p. 168; ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, pp. 22, 68, 69; BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 174-175; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; CABELLO DODERO, F. J., 1928a, p. 262; CAMPS CAZORLA, E., 1935 (1945), p. 155; CASTÁN LANASPA, J., 2003b; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 240-248; GARMA RAMÍREZ, D. de la, 1998, pp. 107-108; GÓMEZ-MORENO, M., 1934, pp. 154-155; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 303; HERBOSA, V., 1999, p. 15; HOZ ONRUBIA, J. de, 2006, p. 138; MARQUÉS DE LOZOYA, 1931, p. 243; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 54-55, 69, 118, 120, 121, 141; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 680; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 742-743; RUIZ MONTEJO, I., 1988, pp. 270-273; SÁEZ, E., 1956, doc. 1; SERRANO FATIGATI, E., 1900a, pp. 59-60; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, docs. 6, 140, 141.

Iglesia de Santiago

SE SITÚA SANTIAGO en el sector sudeste del recinto de Sepúlveda, al sur de El Salvador y a la vera del camino que comunicaba la Puerta del Mercado con la de Duruelo y los barrios de poniente de la villa, coincidente con la calle de Barrionuevo, hoy de los Fueros, y su paralela la calle del Conde de Sepúlveda, que asciende hacia la

zona de la judería. Pese a su aparente modestia exterior, resulta uno de los edificios más sorprendentes y complejos del románico sepulvedano, por un lado resumiendo en sus muros una secuencia bastante completa del devenir medieval de la villa, y manifestando por otro más que notables particularidades, que rinden su análisis ciertamente com-



Vista general

plejo. Y es que, como atinadamente reflejaba Ruiz Hernández en su estudio de 1988 sobre la arquitectura románica de ladrillo en Segovia, "resulta sorprendente en verdad, encontrar en Sepúlveda, centro creador y difusor del románico de la provincia, un ábside de ladrillo", y ello tanto por su lejanía respecto a las tierras del llano donde floreció como por "la ordenación del ábside que no responde a la tipología consabida".

Se trata de un templo de planta basilical, con nave única coronada por cabecera de muy breve tramo presbiterial —rasgo que caracteriza a casi todas las iglesias sepulvedanas— y ábside semicircular, con portada abierta al sur y torre adosada al norte de la cabecera. Esta descripción, sin faltar a la realidad, resulta sin embargo engañosa, puesto que todo en ella es excepcional, empezando por la mezcla de aparejos de su fábrica. Así, en la cabecera se combina el ladrillo con la sillería, mientras que en recia mampostería se alza la potente torre y la parte fundamental de la nave, que remata su fachada sur cerca del hastial con una sillería a todas luces reaprovechada, quizá de la derruida iglesia de San Juan.

Llaman igualmente la atención las numerosas irregularidades planimétricas del templo, explicables tanto por su asiento en acusada pendiente, como por ser el actual edificio fruto de la fusión de dos edificaciones en origen independientes. Al menos esto es lo que parece deducirse de la presencia, al norte de la actual nave, de una estructura rectangular abovedada, a modo de cripta, que alberga una necrópolis de tumbas excavadas en la roca, del tipo denominado olerdolano, antropomorfas y orientados los pies de los enterramientos al este. La extensión de esta necrópolis es mayor que la de la estructura rectangular superior, de mampostería de aspecto moderno y que entesta con la torre, pues continuaba hacia el oeste, aunque ignoramos si su extensión se corresponde con la de los dos ámbitos abovedados que se construyeron sobre ella. Parece claro que sobre la necrópolis, en temprana época románica, se construyó una edificación rectangular, con muros de mampostería y cubierta por dos tramos de bóveda de cañón de idéntico aparejo, sobre imposta de cuarto de bocel y reforzada por fajones de sillería labrada a hacha, arcos que apoyan sin solución de continuidad en pilastras que buscan su



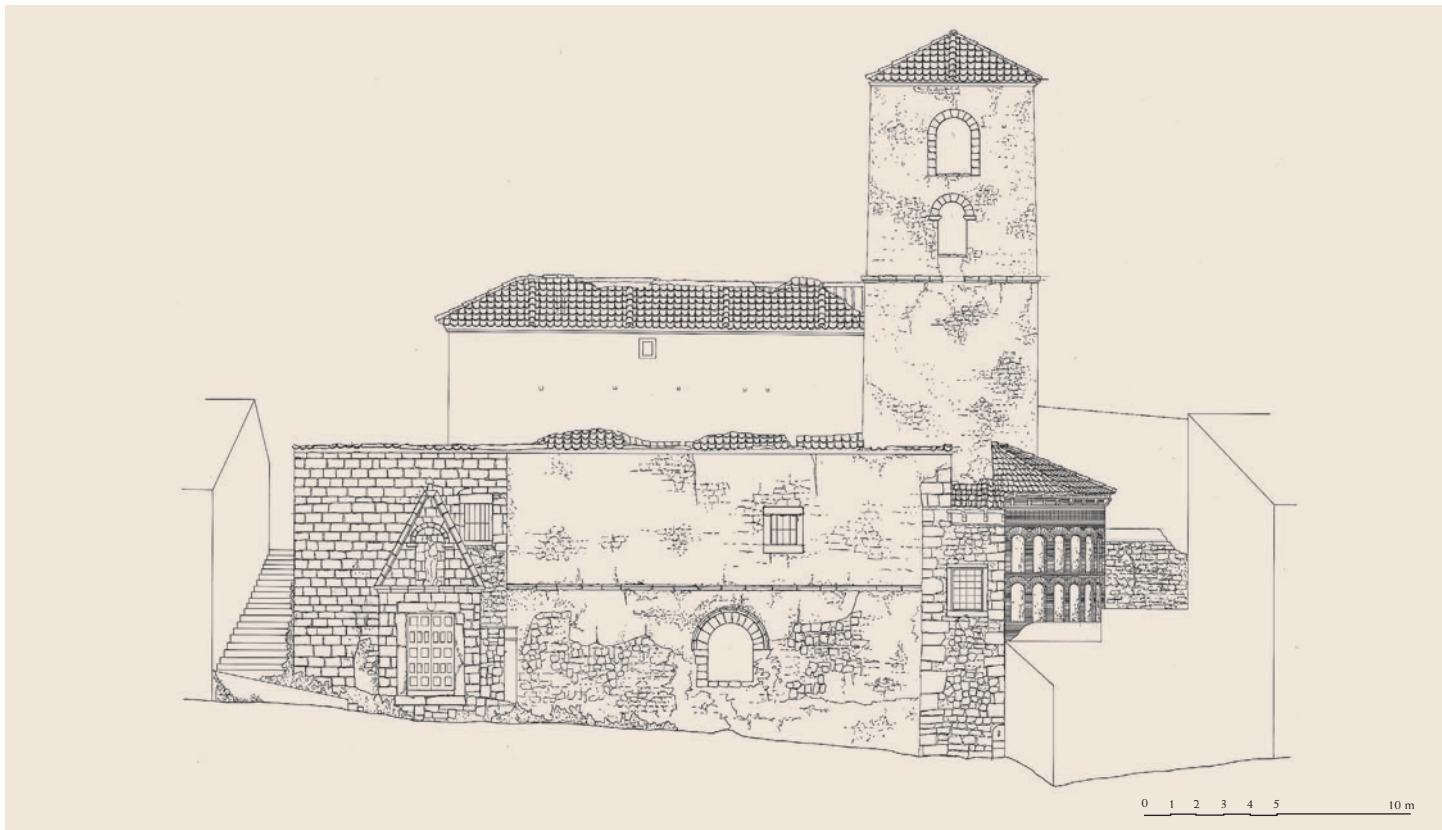
Exterior del ábside



Torre

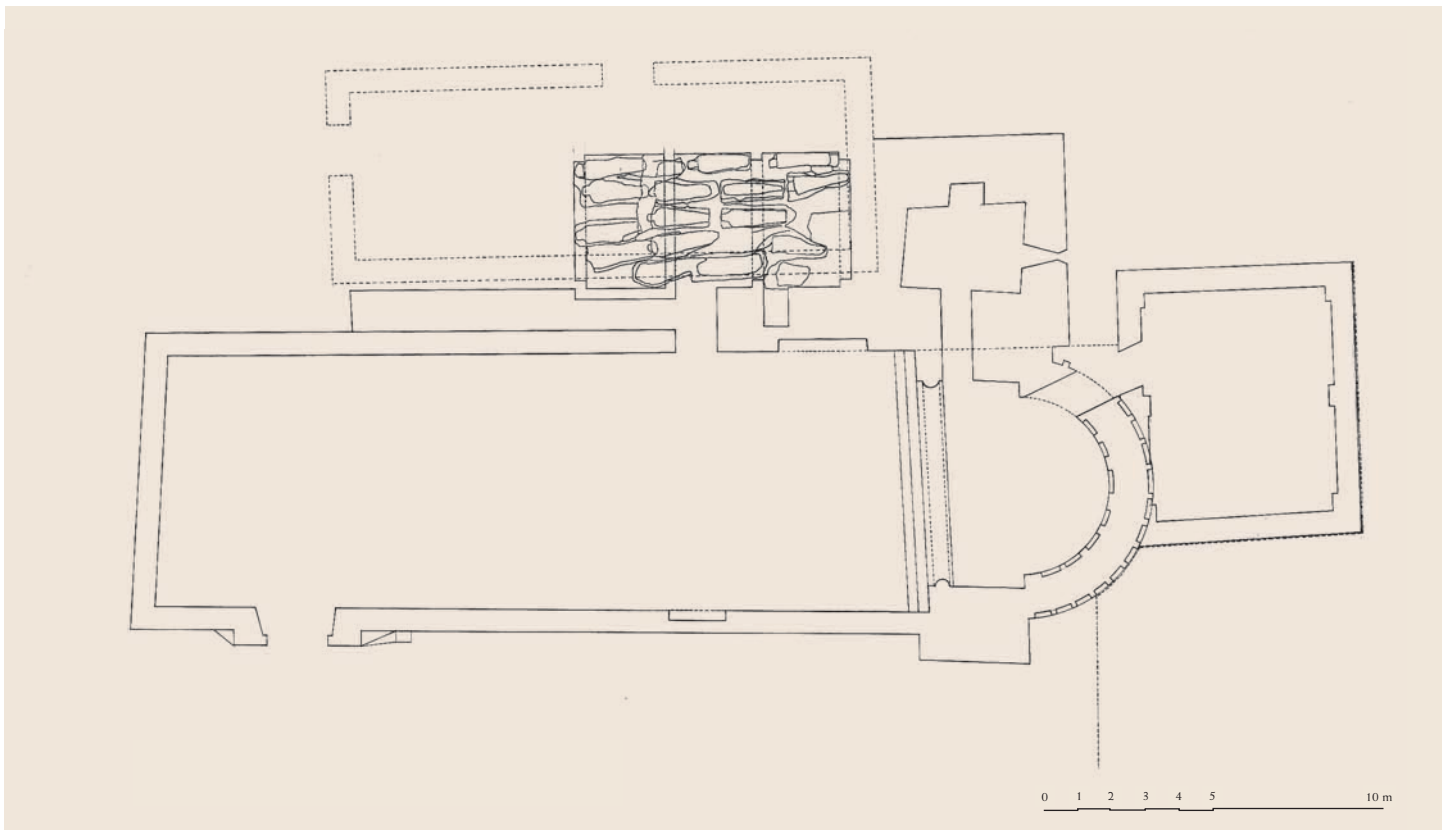
Detalle de la cornisa





Alzado sur antes de la restauración

Planta antes de la restauración





Sección longitudinal antes de la restauración

asiento en el afloramiento rocoso. Existe un tercer tramo hacia el oeste de idénticas características aunque distinto eje, pues está algo desplazado hacia el norte, obligando a realizar un quiebro en los apoyos y añadir un machón en la zona meridional. La estructura abovedada continuaba aún hacia el oeste, restando sólo parte de los riñones de la cubierta, realizada en este caso en sillería. El acceso a este ámbito se realiza desde la iglesia a través del arco de medio punto abierto en el tramo intermedio de la fachada meridional de la estructura, que muestra un esquinale de sillería rematado por un fragmento de imposta de nacela al final del tramo occidental. Ignoramos si esta atípica cripta continuaba hacia el este, aunque nos parece improbable, pero si así fuese fue truncada por la construcción de la torre de la iglesia, resultando abrupto el encuentro entre ambas fábricas. La puerta que hoy las comunica es posterior. Sorprende también la presencia de dos series de canecillos de rollos y nacela, dispuestos a la altura de la imposta en los muros laterales del tramo occidental, que para los arquitectos autores del proyecto de restauración sustentarían sarcófagos, al estilo de los vistos en San Martín o San Juan de los Caballeros de Segovia. Junto al ángulo sudoccidental se conserva un fragmento del enfoscado primitivo, en

Sección transversal antes de la restauración





Interior

el que a duras penas se distinguen los trazos de una pintura mural, reconociéndose la cabeza de una dama velada, dibujada con trazos negros.

Sobre la extraña estructura descrita se alzaba, salvando a modo de bancalel desnivel del terreno, un edificio –del que apenas resta el esquinalel citado– que debe corresponder con una primitiva iglesia dedicada a Santa Lucía, a la que encontramos referencias con categoría de ermita a principios del siglo XVI en la documentación del Archivo Municipal de Sepúlveda publicada en extracto por Aymerrich, Tardío y Zamora en su estudio sobre las murallas de la villa (1990). Así, en 1512 se hace alusión, en documento sobre la necesidad de que el concejo contase con una cárcel y un edificio para sus reuniones, que hasta esa fecha “se faze ayuntamiento en una hermita que se llama Santa Lucía que esta a la espaldas de una yglesia de Santiago desta villa”. No debió resolverse el asunto de la casa de concejo con celeridad, pues en el Libro de Cuentas de 1543 se recoge un pago al clérigo Juan de Buitrago, “capellan en Santa Lucía de la dicha villa donde se suele hazer y

haze el ayuntamiento della por las misas que en cada viernes de la semana dize”. El hecho es que en ninguno de los documentos más antiguos se cita iglesia alguna dedicada a Santa Lucía, lo que hace pensar que quizás los vestigios conservados correspondan a un primitivo emplazamiento de la de Santiago o bien a un templo anterior, en cualquier caso erigido desde presupuestos románicos y ya en desuso a mediados del siglo XIII, sobre el cual posteriormente se construyó la referida ermita, aún tal en 1750, siendo segregado su piso superior para uso como almacén ya en el siglo XIX. Un manuscrito de 1902 redactado por el canónigo don Eulogio Horcajo, en parte transcrito por Linage, y citado por Mata y Villanueva, refiere la independencia de accesos entre Santa Lucía y Santiago, además de describir esta iglesia alta o colateral.

Al sur de Santa Lucía se construyó, ya en el siglo XII, la iglesia de Santiago, cuyos muros laterales apoyan en buena mediada directamente sobre el escarpe rocoso. Curiosamente no se adosaron sus fábricas, sino que la nave de la iglesia se sitúa a poco más de un metro y a cota infe-



*Interior de la
cripta hacia el este*



*Interior de la
cripta hacia
el oeste*

rior de la precedente, continuando el escalonamiento del terreno en la ladera, hecho que provoca que el acceso a la estructura abovedada fuese, desde la nave románica, forzosamente elevado. Entre las dos fábricas se volteó una estrecha bóveda de cañón apuntado, parte en mampostería y parte en sillería, que acabó por juntar sin unificar los espacios, conjeturamos que cuando la iglesia superior quedó suprimida, probablemente en época temprana, y sin duda medieval. Curiosamente, el citado manuscrito de Horcajo refiere que éste accedió a la pseudocripta y al pasaje desde la torre.

Se levantó el cuerpo de la iglesia de Santiago en mampostería, manifestando una notoria falta de ortogonalidad y eje divergente respecto a la cabecera. Debía recibir como hoy cubierta lígnea, dada la enorme diferencia de asientos y la ausencia de refuerzos en los muros, disponiéndose su portada al sur, hoy inutilizada al haber descendido notablemente el nivel del suelo al eliminarse para ensanche de la calle –en 1867 según el manuscrito de Horcajo– el pórtico que cubría esta parte, visible en una fotografía anterior a 1864, esto es, un año antes de que Santiago perdiese su carácter parroquial. Esta portada, simplísima, consta de arco de medio punto recercado de sillería, con chambrana abiselada.

Da acceso desde la nave a la cabecera un arco triunfal doblado hacia aquélla, en sillería, apoyado en columnas entregas de desiguales basas. La del lado del evangelio, sobre plinto tallado en la roca viva, muestra sólo la escocia y un toro inferior; su pareja presenta perfil ático de brevísima escocia y destrozadas lengüetas. Ambas se coronan con capiteles lisos –quizás repicados– de los que sólo sobresale el astrágalo, bajo cimacios de listel y nacela. El breve presbiterio se cubre con bóveda de cañón de ladrillo a sardinel –restaurada y enfoscada–, material que se combina con la mampostería en sus muros, animados por dos niveles de arquillos de medio punto muy alterados en ambos paramentos; al norte por el acceso al cuerpo bajo de la torre y al sur por la apertura de una ventana, viéndose este muro extraordinariamente reforzado y con función de contrafuerte.

El hemicycle se asienta en un zócalo de mampuestos y sillares que no iguala los asientos, siendo evidente el desnivel de norte a sur. Sobre este basamento pétreo se alza el tambor absidal, construido con alma de calicanto forrada en ambos paramentos con arquerías de ladrillo, como señala Ruiz Hernando no enjarjadas en el muro sino simplemente adosadas. Al exterior muestra una banda de pequeños arquillos doblados, sobre la que se disponen dos de arcos simples en gradación de altura, un friso de esquinitas y la cornisa abiselada sobre canes de leve nacela,

ambos en piedra. Interiormente, el codillo con el presbiterio combina la sillería baja con el ladrillo, del mismo modo que el arco doblado que da forma al cascarón que lo cubre, siendo el interior de sillares y el breve doblado de ladrillo. El tambor, interiormente, se anima con dos pisos de arquillos, abriéndose en el central del superior la saetera, de fuerte derrame al interior y recercada con ladrillos aplantillados en perfil de nacela. Se cubre con bóveda de horno, ésta en mampostería, que parte como la del presbiterio de una imposta de nacela muy reformada.

Al norte de la cabecera se adosó una torre de planta cuadrada, cuyo angosto cuerpo bajo, cubierto con bóveda de cañón, aparece parcialmente tallado en la roca, incluido su acceso desde el presbiterio, donde la potencia de muro ronda los 2,5 metros. Se levantó en fuerte mampostería, y si no alcanza la galanura que debería proporcionarle su altura real no es sino debido al notable desnivel en el que se asienta. Consta del citado piso inferior abovedado, en principio sin comunicación con los superiores; sospechamos que ésta se producía, en origen, a través de una escalera inscrita en el muro y con acceso desde el presbiterio, aunque hoy se realiza el acceso desde el testero de la pseudocripta. Sobre este piso, a la misma cota que la cabecera, se alzan otros dos ciegos, de los que restan los mechinales de los forjados, exteriormente separados de los dos superiores por una imposta de billetes, en algún caso tumados. En los pisos altos se abren troneras de medio punto recercadas de sillería, sobre impostas achaflanadas, a razón de un vano por cara y piso. Al norte de la torre, sobre el escalón en el que ésta se apoya, debió existir un pórtico moderno, del que restan los canzorros de la viga; otro debió rodear la cabecera del templo.

Ante la fachada occidental de la estructura septentrional se reutilizaron varias piezas del primitivo alero románico, halladas en el muro meridional según consta en una placa. Se trata de tableros de una cornisa, ornados con las recurrentes tetrapétalas inscritas en clipeos de tallos y entre ellas hojitas, mientras que en las cobijas se disponen bellos florones. Otros restos de este alero se conservan en el cuerpo inferior de la torre, junto a dos canecillos de finos rollos. Contrasta su calidad, parangonable a la de los vistos en San Justo y los reutilizados en el castillo, con la palmaria pobreza decorativa del resto, por lo que no descartamos que se trate de piezas reutilizadas.

Lo mismo podemos decir del esquinual sudoccidental de la nave, realizado con sillares medianamente aparejados. En este lienzo de sillería se abrió la actual portada, coronada por un frontón en el que, bajo hornacina que reutiliza varias dovelas, se dispuso la última de las sorpresas del edificio, esta vez bajo la forma de una de las mejo-

res esculturas románicas de la provincia. Como ya señalasen Quadrado, Cabello, el Marqués de Lozoya y Linage entre otros, es más que probable que esta escultura –como la sillería que la rodea– proceda de una desaparecida iglesia cercana, tal vez como los citados autores suponen la de San Juan, o bien la de San Andrés. Una fragmentaria inscripción en el dintel de la puerta nos aproxima cronológicamente esta reforma: AÑO DE ...76, que por el tipo de letra creemos poder atribuir a 1776, máxime cuando en el Libro de Acuerdos de la Comunidad de Villa y Tierra se recoge, en septiembre de 1774, el arreglo del pórtico de la iglesia de Santiago. No obstante, quizás el traslado se realizase ya en el siglo anterior, pues en el Libro de Fábrica de Santa María de la Peña se anota que en 1692 se habían conducido para la construcción del camarín de la Virgen buena cantidad de material procedente del derribo de San Juan y San Andrés –incluidas “algunas cornisas labradas”–, por lo que ambos templos, anejos del de Santiago, habían sido o estaban siendo derribados. La citada escultura es una bellísima figura de tamaño natural –aproximadamente 1,70 m de altura– y un alto relieve cercano al bulto redondo, mostrando la pieza un retalle en la parte posterior, preparada para su encastre en un muro. Representa muy probablemente a un apóstol, aunque su caracterización no es segura a falta de elementos definitorios. Aparentemente descalzo, posee abultada cabellera peinada a cerquillo dejando vistas las salientes orejas, rostro juvenil de buena definición con ojos almendrados marcando los párpados y expresión cercana al naturalismo. Viste túnica y rico manto orlado con brocados, mostrándose así con su mano izquierda el borde del vestido, que se resuelve en grueso pliegue, con el brazo pegado al cuerpo, mientras que en su diestra sostiene y muestra un fragmentario rollo o pergamino enrollado. El sabio diseño de los plegados, sobre todo en la parte inferior de la figura, deja traslucir aunque tímidamente su anatomía, marcando las caderas con pliegues curvos paralelos y un muy leve movimiento de avance de la pierna derecha insinuado por la caída del manto en diagonal sobre la rodilla con pliegues escalonados en zigzag. Entre las piernas y en los laterales se disponen varios pliegues en tubo de órgano resueltos en cola de milano, abarrocándose para dotarle de mayor volumen en la parte izquierda de la figura. Su fina factura, pese a algunas desproporciones, llamó la atención de Manuel Gómez-Moreno y Gaillard, quienes situaban esta escultura entre la más destacada figuración castellana, vinculándola a las estatuas de la portada meridional de San Vicente de Ávila, dependencia sobre la que profundizó Vila da Vila. Es efectivamente con la estatua abulense de San Vicente y a nuestro juicio también con los altorrelieves del



Escultura sobre la portada

codillo absidal de San Martín de Fuentidueña, con los que mayores analogías hallamos, sin poder afirmar identidad de facturas. Se integra así el apóstol sepulvedano en la notable serie de figuras románicas de la provincia, con las dos de la cripta de San Justo de la misma villa, las ya citadas de Fuentidueña, el apóstol tras el retablo de Santiago de Turégano, las tres figuras de San Miguel y la de la cabecera de San Martín, estas dos últimas en Segovia. Cronológicamente, deben situarse en torno a mediados del siglo XII. Bien que Quadrado, Gómez-Moreno y Linage interpretasen la figura como la de San Juan Bautista, tal extremo nos parece improbable al no incorporar ninguno de sus rasgos característicos, decantándonos nosotros por San

Juan Evangelista –identificación ya sugerida por Carmen Gómez-Moreno– a tenor de su juvenil rostro, aunque sin descartar que se trate de otro de los apóstoles.

La antigua parroquia de Santiago se arruinó en los años 30 del siglo XX. Tras varios intentos de conseguir un uso para su recuperación, desde 1994 la iglesia, rehabilitada según proyecto de los arquitectos Mata Wagner y Villanueva Domínguez, alberga el Centro de Interpretación del Parque Natural de las Hoces del Río Duratón, dependiente de la Junta de Castilla y León.

Texto y fotos: JMRM - Planos: MVPS

Bibliografía

AA.VV. 1987a, pp. 101; ALCOLEA, S., 1958, p. 169; ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, pp. 24, 55-56, 61, 352; CABELLO DODERO, F. J., 1928a, pp. 261-262; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 238-240; GAILLARD, G., 1959, p. 85; GARMA RAMÍREZ, D. de la, 1998, p. 108; GIL FARRÉS, O., 1950, p. 27; GÓMEZ-MORENO, C., 1961b, p. 283; GÓMEZ-MORENO, M., 1934, p. 167; HERBOSA, V., 1999, p. 17; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 44, 112, 118; MATA WAGNER, J. y VILLANUEVA DOMÍNGUEZ, L. de, 1999; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), p. 678; RUIZ HERNANDO J. A., 1988, p. 155; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, pp. 106, 108; SERRANO FATIGATI, E., 1900a, pp. 28-29; VILA DA VILA, M^a M., 1999, pp. 501-505, 509; ZAMORA CANELLADA, A., 1991, p. 369.

Iglesia de San Millán

LAS LASTIMOSAS RUINAS DE SAN MILLÁN se sitúan en las inmediaciones de la Puerta del Vado, en el sector oriental del recinto murado. Es propiedad particular, por cierto puesta a la venta en el momento de redactar estas líneas.

Aparece en el reparto de rentas del cabildo y obispo segoviano de 1247, y luego en diciembre de 1295, en el acuerdo de los clérigos de la villa sobre el pleito que mantenían con el obispado. Referida, sin aportar más datos, en la visita pastoral de mediados del siglo XV publicada por

Exterior desde el sudeste





*Conjunto desde el
noroeste*



Interior

Bartolomé Herrero, se la cita en los repartos de limosnas de 1522, 1531, 1541, 1543 y 1545; su clérigo es uno de los que suscribe en 1555 una avenencia con el regidor de la Villa Diego González de Sepúlveda. Fue suprimida como parroquia en 1800 y agregada a la de Santa María de la Peña, donde se llevaron sus altares, figurando como desaparecida en 1815.

Se trata de un edificio levantado en mampostería de cantos con vestigios de enfoscado, reservándose la piedra sillar para los esquinales y arco triunfal, compuesto en origen de nave única con cabecera de testero plano, cubierta ésta con una bóveda de cañón de mampuestos y dividida en dos ámbitos por un arco fajón sobre pilastras que determina un breve presbiterio. Dos amplias rozas en los paramentos interiores de la zona reservada a capilla mayor prueban la existencia de unas arquerías ciegas animando el muro, hoy expoliadas, rasgo común a buen número de iglesias segovianas. En el testero resta la saetera que daba luz al altar, de medio punto, recercada de sillería y con fuerte derrame al interior.

Da paso a la cabecera desde la nave un muy modificado arco triunfal, de medio punto y doblado hacia la nave

con otro abocelado, que apea en una pareja de dobles columnas entregas, de basas áticas de muy grueso toro inferior con lengüetas, amplia escocia y fino toro superior, y desplazados capiteles también dobles, enfoscados y probablemente lisos. Haciendo de plinto en la columna del lado del evangelio encontramos un cimacio decorado con zarcillos, prueba de las reformas sufridas por la iglesia. Los que hoy coronan los capiteles muestran tosco entrelazo de gruesos tallos entrecruzados albergando granas (evangelio), y tallos y palmetas (epístola). Poco podemos decir de la nave original, que suponemos de cubierta lígnea y a la que se accede por una moderna portada adintelada en el lado sur, conservándose otra al norte, ésta románica y de modestas dimensiones. Consta de arco de medio punto moldurado con un junquillo y exornado por chambrana de nacela, y apea en impostas también naceladas y jambas escalonadas.

Al norte de la cabecera se adosa un campanario de planta cuadrada, también en mampostería, cuyo piso bajo recibía bóveda de medio cañón de eje transversal al del templo, realizada con mampostería encofrada, y se comunicaba también con el ábside mediante un angosto pasadizo abovedado, éste de sillería. Pese al deplorable estado de

Detalle del arco triunfal



Improntas de las arquerías de la cabecera



la estructura, resulta sumamente interesante la lectura de sus muros y restos, pues aporta una de las soluciones de circulación entre los pisos de las torres románicas, de opaco discernimiento en otras estructuras. Ya hemos visto cómo aquí el piso inferior posee un acceso directo desde la cabecera y se muestra abovedado, habiéndose habilitado modernamente en su muro oriental una chimenea; al situado sobre él da servicio desde la cabecera una empinada escalera, hoy ruinosa, también albergada por un pasadizo. Éste primer piso debía poseer un forjado de madera, desaparecido, pero del que restan los mechinales donde se embutían las vigas, comunicándose mediante una escalera remetida en el muro con el superior, éste nuevamente cerrado por bóveda de cañón, ahora y para repartir los empujes de eje paralelo al de la nave, de la que restan los arranques con las huellas del tablazón del encofrado. El resto de la estructura, con el previsible cuerpo de campanas, ha desaparecido, y a sus materiales se refería Quadrado cuando en 1884 escribía que "en igual estado [que la de San Pedro] se presenta la torre de San Millán, cuya piedra se ha empleado en dotar de sacristía nueva a Santa María".

Probablemente en una segunda campaña aún románica se abrió en el muro norte de la nave, entre el machón del arco triunfal y la torre, un formero de medio punto en sillería de tono anaranjado labrada a hacha, apeado sobre impostas achaflanadas, que comunicaría con una colateral septentrional de la que apenas quedan vestigios, pero que prolongaría hacia el oeste el cuerpo de la torre.

Cierta parte de la historiografía presupone a esta iglesia de San Millán una mayor antigüedad de la que, creemos, atestiguan sus ruinas. Todo parte de un sorprendente artículo publicado por Gil Farrés a mediados del pasado siglo, impreciso hasta confundir la propia orientación del edificio. La cabecera de testero plano no es ni mucho menos infrecuente en el románico de Castilla y León y, aunque en algunos edificios se sienta un resabio de la tradición prerrománica, como en la Vera Cruz de Maderuelo, no parece aquí el caso. Sus proporciones y la arquería interior que recorría sus muros nos la ponen más en relación con la cercana ermita de Nuestra Señora del Barrio de Navares de las Cuevas o con la iglesia Fresno de la Fuente. Poco más podemos decir de la cronología de la iglesia, que nos parece ya del siglo XII, alejada por su modestia de las ambiciones de otros templos de la Villa, aunque quizás un más detenido estudio del desleído epígrafe situado en la cara que mira hacia la nave nos podría aportar alguna precisión. Publicamos una imagen del mismo, ya que por nuestra parte apenas acertamos a identificar las letras S MXXX, y esto con todas las reservas. El modelo de San Millán, con nave única de capilla de testero plano y torre



Inscripción

a un lateral, aparece repetido en otra iglesia sepulvedana, la de San Pedro, de la que apenas restan sus cimientos. Y como aquella, ésta correrá similar suerte si no se procede a una inmediata consolidación de sus restos.

Junto a la portada del muro norte de la nave se conserva además un sencillo ejemplar de pila bautismal de traza románica, de copa troncocónica lisa de grandes dimensiones: 117 cm de diámetro por 43 cm de altura.

Texto y fotos: JMRM

Bibliografía

- ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, p. 57; BANGO TORVISO, I. G., 1994, p. 167; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 204-207, 226, 249; GIL FARRÉS, O., 1982; HERBOSA, V., 1999, p. 17; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 75, 100, 118, 119, 120; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), p. 680; SANTAMARÍA LÓPEZ, J. M., 1988, pp. 106; VILLAR GARCÍA, L. M., 1990, doc. 141; ZAMORA CANELLADA, A., 1997, p. 417.

Otras iglesias románicas sepulvedanas

EN LA INTRODUCCIÓN SEÑALÁBAMOS la existencia de quince parroquias en la Sepúlveda del siglo XIII, lógicamente románicas en su primitiva construcción. De ellas, además de los antes citados ejemplares, que forman un magnífico conjunto, han llegado más o menos lastimosamente restos de las de San Andrés, San Pedro y San Esteban, habiendo desaparecido las restantes bajo el yugo del tiempo, la despoblación y, en algún caso, del progreso o el ocio. Veamos lo que sabemos de aquellas que mantienen al menos algún vestigio.

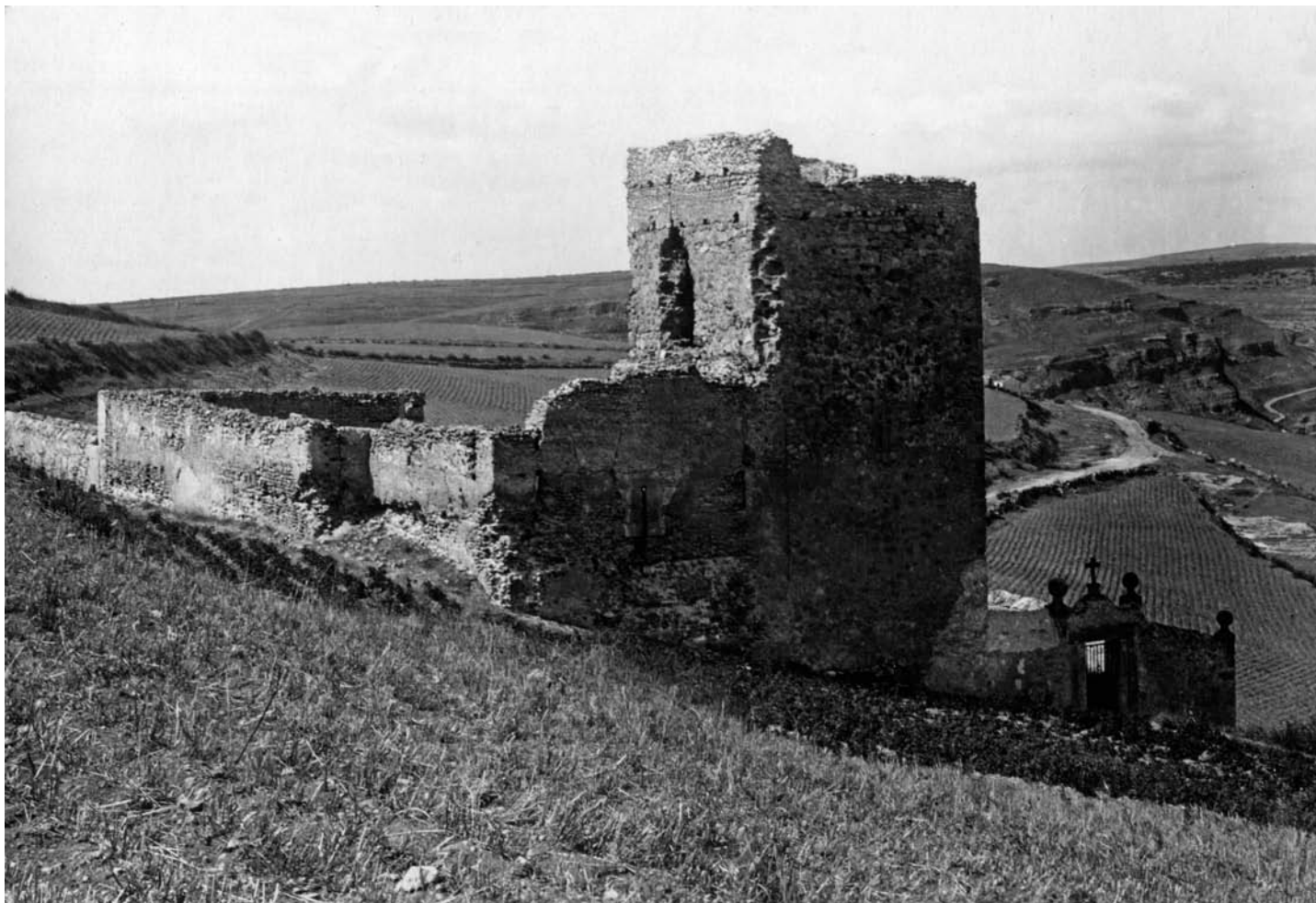
SAN PEDRO

Situada al norte de la villa, junto al antiguo camino que iba de la Puerta del Azogue a la de la Fuerza, sector

intramuros hoy totalmente despoblado. Aparece también citada entre las parroquias sepulvedanas en la distribución de las rentas del cabildo de Segovia en 1247, contaba en 1446 con sólo dos parroquianos, siendo demolida, al menos en parte, a fines del siglo XVII para utilizar sus materiales, junto a los de Santo Domingo, San Andrés, Santa Eulalia y San Juan, en la construcción del camarín de la Virgen de la Peña. Su solar pasó a tener uso como cementerio hasta la construcción del nuevo, en 1880. Quadrado refiere que "hacia el norte sirve de cementerio San Pedro con su torre desmochada".

Conocemos su aspecto por una fotografía de finales del siglo XIX o principios del XX amablemente cedida para su publicación en esta enciclopedia por Augusto Conte Bragado. Era gemela de la de San Millán, con nave rematada por cabecera de testero plano en el que se abría una

Vista de las ruinas de San Pedro en una fotografía antigua (col. Augusto Conte, Sepúlveda)



saetera y torre adosada al norte de esta, el conjunto levantado en calicanto. De la torre restaba el piso bajo y el primero, ciego, habiendo desaparecido los de campanas, cuya sillería como dijimos se utilizó para el camarín barroco del Santuario de la Peña. Los restos visibles hoy día corresponden a la mampostería de la cabecera, con algún sillar en el esquinale de unión con la torre, ésta probablemente adosada con posterioridad, así como meras tapias del muro sur de la nave, todo destinado a una pronta total desaparición.

Bibliografía

ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, pp. 54, 352; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 118, 119; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 680.

SAN ESTEBAN

Poco es lo que resta de la iglesia de San Esteban, situada al norte y en las inmediaciones de la Puerta del Río, en el sector sudeste de la villa. Aparece citada en el plan de distribución de las rentas del cabildo segoviano de 1247 y su estado debía ser lamentable ya a mediados del siglo XV, pues en la visita pastoral de 1446 se dice de ella que "está la nave que se llueve cabe la capilla e ensomo dela capilla del coro e a los pies dela nave". En 1791 ya no se celebra en ella aunque sí se enterraba, y Linage dice que en 1804 "por virtud del plan de uniones se halla cerrada, derruida y unida con su feligresía a la de Santiago Apóstol" (LINAGE CONDE, A., 1986, p. 204).

Quadrado ya la da por desaparecida ("que caía junto á la puerta del Río", escribe). Hoy transformada en vivienda, resta parte del cuerpo de la nave, en cuya fachada meri-

San Esteban, vista desde el noreste





Fachada occidental de San Esteban

dional se observan algunos sillares labrados a hacha, sólo concertados en el esquinel del primitivo hastial occidental, ante el que se dispuso una torre rectangular de mampostería, creemos que ya en época bajomedieval a tenor de su acceso, de arco de medio punto de amplias dovelas recercado por alfiz.

Bibliografía

ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, p. 56; BARTOLOMÉ HERRERO, B., 1995, p. 331; LINAGE CONDE, A., 1986, pp. 203-206; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 118, 119, 121, 122; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 678.

SAN ANDRÉS

Estaba situada esta parroquia en la zona meridional de la Villa, junto a la puerta de Duruelo y la vega del Caslilla, en la actual calle de Barrionuevo. Tras ser anejada a la de Santiago en 1605 y permanecer en uso hasta principios del siglo XVII fue demolida a finales de dicha centuria, utilizándose sus materiales, como los de Santo Domingo, San Pedro, Santa Eulalia y San Juan, en la construcción del camarín de la Virgen de la Peña, según consta en el Libro de Fábrica del Santuario. De ella dice Quadrado: "San Andrés cuya parece ser la torre que aislada se conserva en pie con dos ajimeces arábigos". Hoy algunos muros de esa torre están englobados en una construcción que fue fábrica de sombreros y vivienda, y cuyo último uso fue el de pajar.

En el estudio de las murallas de Sepúlveda, al que remitimos, sus autores destacan el peculiar aparejo de la estructura cuadrada –suponemos que la antes citada torre–, con mampostería encintada entre dobles verdugadas de ladrillo, recuadrándose los mampuestos con el mismo material, y esquinales latericios. Alonso Zamora detecta este tipo de construcción, en la provincia, en la puerta de Trascastillo de la muralla de Fuentidueña, en la parte alta de la muralla de Ayllón y unos extraños lienzos de la iglesia de San Miguel de la misma villa, los arranques de un torreón de Fresno de Cantespino y algunas hiladas del campanario de El Salvador de Segovia. Dicho autor data provisionalmente este aparejo entre los años finales del siglo X y los primeros del siguiente lo que, de confirmarse, nos dejaría ante uno de los más antiguos testimonios arquitectónicos sepulvedanos.

Bibliografía

ALVARGONZÁLEZ TERRERO, M. *et alii*, 1996, pp. 56-57, 352; CONTE BRAGADO, D. y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, I., 1993, pp. 196-198; HERBOSA, V., 1999, p. 17; MARTÍN AYMERICH, M^a D., TARDÍO DOVAO, T. y ZAMORA CANELLADA, A., 1990, pp. 83-85, 108, 118, 119, 120; QUADRADO, J. M^a, 1884 (1979), pp. 678.

Texto y fotos: JMRRM